EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.° 19. Tomo I.—JUEVES 1.° DE AGOSTO 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICIÓN EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Camoens, por D. Gavino Tejado.—**A buen hambre no hay pan duro (poesía)**, por D. Juan Martinez Villergas.—**Creacion de la órden de la Banda**, por D. Cayetano Rosell.—**Fantasía**, por doña G. G. de Avellaneda.—**Unas hojas marchitas [novela]. Los Misterios de Chamberí**, por D. Antonio Flores.—**Revista de la Quincena**, por D. Juan Perez Calvo.—**Casa de Baños de la calle de Capellanes.**

CAMOENS.

Dícese por los investigadores de la filosofía de la historia, que la mas exacta medida de un siglo son los grandes hombres que produce: ellos en efecto simbolizan los tiempos á que pertenecen, de tal manera en algunas ocasiones, que escribir su vida es escribir la vida de una época entera, sus instintos, sus pasiones, sus necesidades, sus exigencias, sus virtudes y sus vicios. De aceptar este principio en todas sus consecuencias, fuerza es confesar que hay por lo menos un período de gloria, y de gloria no escasa, que adjudicar á los portugueses. Esa pequeña comarca, retazo descosido de la monarquía española, sujeta hoy casi á la condicion de una colonia, careciendo de vida propia, y sin otra cosa que pueda llamar verdaderamente suya mas que algun pálido recuerdo de lejanos triunfos, fué sin embargo á fines del siglo XV y aun á principios del XVI una nacion ilustrada, guerrera y bastante influyente en los destinos de la Europa. Tuvo héroes en los campos de batalla y en el trono: tuvo sabios, que haciendo por sí mismos el experimento de sus especulaciones teóricas, convirtieron la astronomía en provecho de la náutica, y sulcaron mares desconocidos para enriquecer á su patria con la conquista de tesoros remotos. Tuvo por consiguiente sus costumbres especiales, su literatura particular, su genio propio, su historia en fin nacional y completa.

Consideradas así esta época y esta nacion, debieron tener su poesía; esta poesía si no precisamente debió, pudo por lo menos ser épica; esta poesía épica debió tener un grande intérprete; este grande intérprete fué Camoens, llamado por sus compatriotas y aun por muchos extranjeros *Príncipe de los poetas españoles*.

Aun en el dia se suscitan graves controversias entre los pocos eruditos portugueses acerca del lugar y tiempo determinados en que vió la luz primera el Homero lusitano; pero nosotros cotejando los datos

que nos suministran las antiguas biografías con varios pasajes de sus rimas, casi nos decidimos á afirmar que nació en Lisboa por los años de 1524. Vástago de ilustres antepasados, al mismo tiempo que hijo de padres no ricos, hallóse colocado el genio de Luis de Camoens entre los recuerdos aristocráticos de su noble ascendencia, y la medianía que le obligaba á soportar su escasa fortuna. Esta doble circunstancia debió producir en su ánimo una variedad de impresiones, que no solo se reflejan en su poesía, sino tambien en los hechos de su vida toda. Su natural altivez exaltada por las tradiciones de su noble genealogía era un contraste difícil y penoso con las consideraciones que le imponia su posicion social, que en aquellos tiempos, y en Portugal sobre todo, era desgraciadamente inferior á su orgullo nobiliario. Así es como puede explicarse el carácter díscolo y violento del buen poeta, que á los quince años ya lo empeñaba en frecuentes pendencias con sus compañeros en la universidad de Coimbra, donde hizo sus primeros estudios.

Objeto de estos fué la filosofía peripatética, que se cursaba entonces en las escuelas, y á cuyo indigesto fárrago no parece debió acomodarse mucho el espíritu independiente y el claro talento de Camoens, si hemos de juzgar por la forma de sus creaciones. Excepto algunos retruécanos y metafísicas sutilezas, á cuyo indispensable uso lo arrastró la manía entonces dominante de *sonetear*, no solo le vemos esquivar en los demas metros el furor silogístico de sus contemporáneos y sucesores, sino que al contrario, nos encanta la noble sencillez de su expresion, la espontaneidad de sus concepciones y la dulce ternura de sus amantes querellas. A este mismo espíritu de independencia tan precozmente desplegado por nuestro poeta creemos deber atribuir cierta malquerencia por parte de los condiscípulos y aun maestros de su primera juventud, que acaso fué el orígen de diatribas y persecuciones, con que ya mas entrado en años lo agobiaron.

Estos sinsabores, que desde tan temprano comenzaron á acibarar la existencia de Camoens, hubieron de encontrar no solo un paliativo, sino una compensacion que rara vez niega su destino á los perseguidos por la envidia, especialmente siendo poetas, y sobre todo, de gallarda figura. Camoens apeló á las mujeres de la injusticia de los hombres: las hidalgas de la córte se disputaron el monopolio de sus galanterías, y una entre ellas, doña Catalina de Ataide, dama de palacio, pagó con finísima correspondencia el primer amor de nuestro poeta, que parece haber sido el único de su vida. Este sentimiento debió ser en él tan poderoso como fecundo; y ya sin duda presintió que le deberia sus triunfos mas preciados, cuando arrastrado por su entusiasmo, y henchido de esperanzas atrevidas, decia á su amapa en una bellísima égloga:

Podeis fazer que creza de hora em hora
O nome Lusitano, é faza enveja
A Esmirna, que de Homero se engrandece.

Pero este amor que en el hecho de ser único debió ser intenso, pasó por las acerbas pruebas, de que nunca se libran y siempre purifican las grandes pasiones. Camoens fué amante desgraciado. Cuéntase que provocado sin duda por la intolerante resistencia de un hermano de su amada, tuvo que sostener contra él un lance de honor, que por otra parte estaba muy de acuerdo con el espíritu caballeresco de nuestro buen poeta; pero el cual, no obstante la ley de pundonor que lo abonaba, fué causa de que se le desterrára á Santarem. Lejos allí del objeto de su pasion y sus desgracias dió rienda suelta á los gemidos de su lira, que se exhalaron en ternísimas elegías y en dulcísimas endechas: aun las aguas del Tajo y el Mondego guardan en su seno el eco de aquellos cantos, que no desdeñaria Ovidio, y honrarian al sensible Garcilaso.

Su lira sola no bastaba sin embargo á consolar á nuestro poeta: dentro de su pecho cabian tambien todas las nobles pasiones; y no pudiendo permanecer indiferente á los halagos de la gloria militar, que por entonces se mostraba amiga de sus compatriotas, tomó bandera en una expedicion contra los infieles de Africa, y peleando como bueno en las aguas de Ceuta, fué herido por un casco de la artillería de aquellos muros, que desfiguró su agradable fisonomía con la pérdida de un ojo.

Esperó entonces que su valor y su desgracia desarmarian tal vez el antiguo encono de sus enemigos, y lleno de esa confianza, que nunca desampara á las almas nobles, dió la vuelta á Lisboa para recoger en ella el justamente esperado premio de sus servicios. Bien pronto sin embargo recibió un triste desengaño: el odio y rencor de antes se habian convertido en desden é indiferencia, y se vió despreciado ó desatendido.

Inspirado entonces por su despecho, ó alimentando quizás en medio de su amargura la débil esperanza de mejor fortuna, ó lo que no es menos probable, deseando conocer las regiones, que eran objeto de su ya comenzado poema, decidióse á visitar el Oriente, y se dió á la vela en 1553, repitiendo al embarcarse el célebre apóstrofe de Anibal. «Ingrata patria, no poseerás mis restos.»—Triste y profunda reminiscencia que al mismo tiempo que revelaba toda la angustia de su corazon, mostraba hasta qué punto tenia la conciencia de su futura gloria! Al dejar á su patria llevaba ya escritos los seis primeros cantos de sus *Lusiadas*.

Camoens habia nacido para arrastrar una vida de infortunio y tormentosas contradicciones. La historia de los diez y seis años que estuvo en el oriente es un continuo tejido de sinsabores y martirios de todo género. En balde mostró en mil ocasiones que tanto fuera de su patria como en ella sabia manejar con gloria igual la espada y la pluma: en balde habia arrostrado con sus compatriotas el peligro de diversas expediciones, desafiando el hierro enemigo y la inconstancia de los mares; ni su talento ni su valor fueron parte á que se respetára la severa censura que su pluma, nunca lisonjera, habia hecho de las costumbres licenciosas de los principales portugueses que moraban en Goa: lejos de eso no se escuchó mas voz que la del amor propio resentido, y Camoens fué desterrado á la China en pago de su lealtad é independencia. Durante este destierro visitó el Sud de aquellas regiones; estuvo en las Molucas, en Ternate, hasta que últimamente se fijó en Macao para desempeñar el cargo de *proveedor mayor de los difuntos*, que por su mal le confirieron.

Pasado algun tiempo, y fatigado sin duda por la sequedad del trabajo que le ofrecia su nuevo destino, dió la vuelta á Goa, donde pensaba gozar su anhelado descanso y entregarse libremente á las dulces tareas, para que principalmente era llamado su genio inmortal. Durante este viaje estuvo á pique de perecer en la ria del Meconde en Cochinchina, donde sufrió un naufragio, del que escapó á nado, llevando en la mano su poema, como hizo Julio César en el puerto de Alejandría con sus comentarios. Salvado en fin este peligro, y restituido á Goa, recibió señalados favores del que á la sazon era Gobernador de esta provincia D. Constantino de Braganza; pero menos feliz con su sucesor el Conde Redondo fué agobiado el noble poeta con todo el peso de la mas grosera calumnia. Fué preso y acusado de falta de pureza en el manejo de su destino en Macao; y si bien en breve patentizó su inocencia reconquistando por ello su libertad, este suceso imprimió tal melancolía en sus pensamientos y exasperó á tal punto la habitual violencia de su carácter, que el dolor y la cólera le quitaron la salud para siempre. Sin embargo, ni la pérdida de su salud ni la de su tranquilidad pudieron sofocar sus inspiraciones: al contrario, se dedicó asiduamente á terminar su poema, y tuvo bastante fé en sus creaciones para el concienzudo trabajo de revisarlas y pulirlas escrupulosamente.

Por motivos que ignoramos, y cuando concluido ya, como hemos dicho, su poema, se disponia á volver á su patria, (no obstante el voto contrario que hizo al salir de ella) se dió á la vela para Sofála, cediendo á las instancias de Pedro Barreto que con objeto de obligarle mas, le prestó doscientos ducados para los costos del viaje. Este mismo Barreto sin embargo, que tan generoso habia parecido con Camoens, quiso impedirle pocos meses despues que diese la vuelta á su patria, como primero habia pensado, interin no le pagase su deuda; afortunadamente para nuestro poeta acababa de llegar al puerto de Sofála el navío Santa Fé con varios caballeros portugueses, y entre ellos Heitor da Silva, que le dió los dineros para satisfacer á su inconsiderado acreedor, y lo condujo á Lisboa. Arribó á esta córte cuando la peste sobrevenida en ella por los años de 1569 era ya el anuncio de la próxima destruccion de la monarquía portuguesa. Camoens dedicó entonces al desgraciado rey don Sebastian aquel poema, donde con tan robusto acento se cantaba las hazañas de sus progenitores, y que era el fruto de 30 años de vigilias y sufrimientos. Esta dedicatoria le valió la escandalosa pension de 400 rs. anuales, que tambien se le negó despues de la muerte del rey. Desde esta época huyó Camoens del trato de las gentes, y solo se comunicaba con algunos religiosos de Santo Domingo, que justos apreciadores de su mérito y compadecidos de su miseria, le fortalecian con piadosos consejos y socorrian sus necesidades; pero sin duda esto debió hacerse con muy parca mano, puesto que postrado al fin en el humilde lecho de su agonía, fué preciso que un fiel criado implorase la caridad pública para dar de comer al ilustre poeta. El ilustre poeta murió como un mendigo, abandonado en un casuco inmediato al hospital de los pobres, en el año 1579, y á los cincuenta y cinco de su edad!...

Pobre y mezquina fué su sepultura, como habia sido gloriosa y desgraciada su vida. Yacian sus restos en un oscuro rincon del convento de Santa Ana, cuando en 1595 la piedad y el patriotismo de don Gonzalo Coutiño los trasladó á un sitio mas visible, al lado izquierdo de la puerta principal de la misma iglesia, é hizo grabar en su modesta losa el siguiente significativo epitafio:

"Aquí iaz Luiz de Camoens, principe dos poetas do seu tempo: viveo pobre é miseravelmente, é así morreo, anno de M.DLXXIX.»

Grande como Cervantes y tan desgraciado como él, bien puede Camoens colocarse al lado del autor del Quijote, con cuya vida por otra parte tuvo la suya tal semejanza que parece una identidad. Comienza esta semejanza en su misma cuna, pues que casi por iguales razones se ha dudado el lugar fijo del nacimiento de ambos. Ambos truecan la lira por el arnés para combatir á iguales enemigos: en un combate naval pierden ambos un miembro de su cuerpo mientras peleaban con bizarría. Ambos estuvieron presos por deudas, y fueron con la misma acritud perseguidos casi del mismo modo y condenados á gemir lejos de su patria. Ambos en fin acaban sus dias en la miseria y el abandono, si bien menos afortunados los españoles no conocemos el sitio donde inclinar nuestra cabeza, y decir besando una piedra tumular: «Aquí yace Miguel de Cervantes Saavedra,» llamado *príncipe de los ingenios españoles*, como lo fué Camoens príncipe de los poetas.

Para completar este paralelo apenas bosquejado que nos encanta y entristece al mismo tiempo, no nos resta mas que mencionar la boga igual que alcanzaron entre sus contemporáneos y sucesores las obras de estos genios insignes. Camoens vió hacerse dos ediciones de sus *Lusiadas* en un mismo año, y tan largo es el catálogo de las posteriores á su muerte que con razon puede decirse no haber nacion de Europa donde no se conozca su poema, ni lengua en que no esté traducido, ni ilustre nombre que haya dejado de tributar un homenaje casi supersticioso á su memoria. El Tasso cantó á Camoens; Lope de Vega tambien le consagró bellos versos en su Laurel de Apolo, y el adusto de Felipe II al llegar á Lisboa no disimuló su dolor cuando preguntando por él para llamarlo á su presencia, se le contestó que habia muerto pobre y miserablemente.

Habiendo ya dicho algo en el ingreso de este artículo de las rimas de Camoens, y omitiendo calificar sus traducciones de algunas comedias de Plauto, acabaremos diciendo cuatro palabras sobre sus *Lusiadas*, pues hacer una crítica digna de ellas, es objeto de un artículo separado. Este poema fué el que valió á Camoens el ya mencionado título de príncipe de los poetas españoles, y sin poner nosotros en cuestion la justicia de este renombre, confesaremos que en nuestro concepto lo abona el ser el primero que en España concibiese y ejecutase el plan de un poema Epico con las verdaderas condiciones de tal; atendiendo á que no pueden aspirar á este nombre los ensayos informes de algunos poetas nuestros de siglos anteriores, como los del maestro Berceo, Juan de Mena, los Doce triunfos del Cartujano y algunos otros. No hablamos de la Araucana, que es mas bien á nuestro entender una rica leyenda, que un poema verdaderamente épico.

Una vez reconocido este principio, veamos ante todo los obstáculos con que tuvo que luchar el cantor de las *Lusiadas*. En primer lugar, faltaba al objeto de este poema el prestigio de una remota antigüedad que hiciese la *fábula* mas accesible á los hechos puramente históricos, pues solos cuarenta y siete años mediaban entre la expedicion de Vasco de Gama á las Indias orientales y el nacimiento de Camoens. En segundo lugar, el objeto del poema, su objeto moral, su objeto social, es decir, la propagacion de la fé cristiana por medio de la conquista en regiones idólatras, era ya una contradiccion con las formas clásicas, únicas que hubiera tolerado la literatura de entonces, y que sujetaron el genio de Camoens con perniciosa tiranía. Esto supuesto, preciso es perdonarle esos consejos de los dioses y toda la *máquina mitológica*, que introduce en sus narraciones, aunque no sea mas que en gracia de la primorosa sencillez de sus descripciones, y el giro un poco espiritualista, que se entrevee fácilmente aun en el voluptuoso sensualismo de las coquetuelas ninfas, y las pasiones terrestres de las deidades griegas. ¿Quién no reconoce en Baco al Luzbel del Cristianismo?... Y en medio de todo mas de una vez se acuerda Camoens de que su religion es la sublime del Dios hombre, y sabe decirlo tan admirablemente como en esta estrofa, que no queremos omitir, contestando á las preguntas de los habitantes de Mozambique:

A ley tenho daquelle, á cujo imperio
Obedece ó visibil é invisibil,
Aquelle, que criou todo Emisferio,
Todo ó que sente, é todo ó insensibil;
Que padeceo deshonra é vituperio
Sofrendo morte injusta é insofribil,
E que do ceo á terra en fino deceo
Por sobir os mortais da terra ao ceo.

Pero lo que mas nos encanta en las Lusiadas son esos rasgos valientes y de todo punto inimitables con que la altivez de Camoens nos revela la proverbial baladronería portuguesa que ha sido, es y será entre nosotros constante orígen de ingeniosos chistes y satíricas anécdotas. No contento con haber dicho en la invocacion del primer canto que todas las navegaciones de griegos y troyanos, que todas las victorias de Alejandro y Trajano eran una bicoca para lo que habian hecho sus portugueses, dice al Rey D. Sebastian que el *mar le tiene aparejado en dote todo su cerúleo señorío*, y como quien cree no haber echado bastantes bravatas, apostrofa del siguiente modo á los navegantes lusitanos, mientras *hierve el piélago* y se encrespan las olas sin necesidad de viento alguno y solo al surcar de sus naves

O gente forte é de altos pensamentos
Que tamben de ella han medo os elementos!

Allá va eso.—En fin seria nunca acabar, si hubiéramos de citar todos los pasajes de aquella sublime creacion, que nos arrebatan con la belleza de sus cuadros, la alteza de sus pensamientos y el nervio de sus pasiones. Camoens está entre Homero y Virgilio: sobre su cabeza tiene al Dante: á sus pies el Tasso y el Ariosto.—Loor eterno á la gloria y al infortunio!

GAVINO TEJADO.

A BUEN HAMBRE NO HAY PAN DURO.

Huyendo yo cierta noche
del bullicioso concurso
que cruza de la Cibeles
á la fuente de Neptuno,
En un solitario banco
mullido como un tarugo,
tomé posesion por via
de pasatiempo nocturno.
Próximo, de dos mujeres
sentí curioso murmullo
que en la memoria conservo
sin perder coma ni punto.

«Qué desdichada es la suerte
de la mujer en el mundo!
Mas que llegar á jamona
vale bajar al sepulcro.»
—Si tú te quejas, amiga,
que has atrapado á un Farruco
¿qué haré yo, contemporánea
del mismo rey Ataulfo?
Yo que en soledad eterna
paso vida de cartujo
sin encontrar el consuelo
que por todas partes busco?
Cuando es una *solterita*
vive feliz, te lo juro;
mas si llega á *solterona*
no está tranquila un minuto.
Horas, dias, meses y años
navega el triste falucho
por el mar de las pasiones
sin hallar puerto seguro.
Y en vano es tender la caña
en el piélago profundo
que en oliendo á cebo añejo
jamás se prende un besugo.
¡Cada dia es una arruga!
¡cuánto de contarlas sufro!
y las juveniles gracias
se ven marchar como el humo.
Si un pelo apunta rojizo
que tiene de cana anuncios,
mas quisiera una soltera
que la apuntara un trabuco.
Pues ¿qué diré si en su boca
se declara el escorbuto?
Mejor que perder un diente
quisiera perder un muslo.
Porque amiga, entre los hombres,
mira si son caprichudos,
tienen partido las cojas,
pero las feas, ninguno.
Con canas, mellas y arrugas,
no hay disfráz ni disimulo,
el que era un ángel celeste
se torna en ángel patudo.
Procura encubrir los años
con perifollos de lujo:
todo es lazos, todo flores,
el vestido es un embudo.
Dientes de marfil, postizos,
cuando tenemos alguno,
el color pintado al óleo,
cada rizo un higo chumbo.
Y á pesar de eso, infelices,
cuando anhelosas de yugo
hartas del *tiempo presente*
vamos buscando el *futuro*;
¡Qué desgracias! ¡qué bochornos!
Nos dice una fresca un chulo.
¿Quiere boda? añaden otros,
que se lo cuente á San Bruno.
Que encargue novio á Alcorcon,
vendrá cocido y maduro,
ó que ponga un memorial
al papa-moscas de Burgos.
Todo les choca en nosotras
á esos hombres mamelucos;
si una es flaca ¡qué sardina!
y si una es gorda ¡qué pulpo!
Hasta las mismas casadas
nos miran con ceño adusto,
y el ceño con que nos miran
tiene ribetes de insulto.
Yo bien conozco las contras
del matrimonio, mas juzgo
que en mi terrible apretura
cargáras tú con un mulo.
Pues nada son estas contras
si mis desgracias valúo;
por eso en mis oraciones
marido pido á San Rufo.
Marido pido y que sea
portugués, ruso ó maruso;
venga marido! ¡marido!!
que á buen hambre no hay pan duro.

Tras una ligera pausa
(tal vez hilando el discurso)
dando suelta á la sin hueso
dijo la amiga.... ¡me aturdo!
Te quejas de ser doncella,
yo casada estoy muy mal;
de la feria cada cual
cuenta segun le va en ella.

No dijo mas redondillas
por seguir de la otra el rumbo
y continuó su respuesta
con el asonante en *uo*.
—¿Qué quieres, doncella triste?
vives en el infortunio
mas no por eso maldigas
cuanto ves en torno tuyo.
Por que la fatal coyunda
tiene inconvenientes muchos.
¡Cuántos disgustos se pasan
si el marido es un cazurro!
Si alguien te mira, en dos dias
no cesan los refunfuños,
y gracias que las espaldas
no te mida con un junco.
Sin licencia del marido
no ves los toros en junio
ni comedias en invierno
ni asistes al Instituto.
El matrimonio es la horca
donde se matan los gustos;
la mujer es vil vasallo,
el hombre, rey absoluto.
Si eres de cascos alegre
te pide cuentas, sañudo;
si taciturna, te acusa
de pensamientos impuros.
Si no callas ¡respondona!
si callas, dice muy cuco
que tienes mas picardías
que el lego de Fr. Gerundio.
Al año tienes un chico,
á los dos viene el segundo,
á los tres llega el tercero
y á los cuatro, tres mas uno.
A los cinco te hallas cinco,
á los seis, seis tienes justos,
á los siete sumo y sigo
á los ocho sigo y sumo.
Hasta que das un ejército
capaz de batir al Turco
y los años y los hijos
te van dejando sin jugo.
¿Qué diré si por desgracia
te toca cargar con viudo?
todos los dias de vivos
son para ti de difuntos.
¿Y si le dá por patriota
y por no caer del burro
va de Herodes á Pilatos,
y de tapujo en tapujo?
Si es progresista, le buscan
los moderados el bulto,
y si le dá por cangrejo
le cascan los ayacuchos.
Y sobre si es anarquista
ó amante del Estatuto
ves su cuello amenazado
por el hacha del verdugo.
¡Qué disgustos! no te cases;
el principio es siempre chusco,
pero el fin es desenlace
de un drama de Victor Hugo.
Por mas que le hago carocas
á mi marido y le adulo
¡qué disgustos! hija mia;
me hace pasar aquel bruto!

Aquí quedó silenciosa
con gesto meditabundo,
limpiando á izquierda y derecha
sus lágrimas con sus puños.
Yo pensé que la soltera
convencida hasta lo sumo,
ya para vestir imágenes
quisiera quedar; mas ¡chucho!
Que en ademan suplicante
llena de amoroso impulso
¡ay! respondió ¡amiga mia...
quién tuviera tus disgustos!!!

Este mal de solteronas
da muy fuerte y amenudo;
pues como dice el adagio
á buen hambre no hay pan duro.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

CREACION

DE LA

ORDEN DE LA BANDA.

Entre los estudios útiles y al propio tiempo agradables que con mas afan debe cultivar el entendimiento humano, uno de los mas importantes, si no el primero, es indudablemente el de la historia, sin cuya existencia, ya tradicional, ya escrita, dificilmente pudiera explicarse el progreso intelectual de la especie humana, dado que la facultad inherente á esta de conservarse y perfeccionarse adquiere un prodigioso incremento en vista de los sublimes ejemplos de lo pasado, y de los funestos extravíos en que por apartarse de ellos, incurrieron cien y cien individuos y otras tantas generaciones. No hay cuestion importante al bienestar de una sociedad ó de un pueblo cuya sancion no se apoye en el testimonio de la historia: por esto, entre otras calificaciones dignas de su grande ingenio, la llamó Ciceron maestra de la vida.

Si de su importancia descendemos al agrado que inspiran sus lecciones, comprenderemos por qué razon constituye uno de los ramos de la amena literatura. El ánimo se extasía en la contemplacion de tantos y tan diversos acaecimientos; sigue las huellas de los personajes que en ellos tuvieron parte; aplaude el triunfo de la virtud; condena la abyeccion del vicio; llora con el desdichado, y con el justamente feliz se entusiasma y se gloría. La historia en fin es un drama tan variado como inmenso, unas veces sangriento y tumultuoso, otras pacífico y risueño, pero animado siempre, y tanto mas seductor, cuanto menos se descubra en su tejido la hilaza de las ficciones.

Recorriendo el vasto campo que ofrece á la imaginacion, nos hacemos espectadores de todos los siglos y testigos de sus extrañas vicisitudes, de las cuales deducimos avisos provechosos y desengaños no menos saludables. La gloria de tantas naciones famosas por su grandeza y poderío, por su ilustracion y sus virtudes, pereció entre el olvido de los sublimes principios que las elevaron á tanta altura; por el contrario la oscuridad y envilecimiento de otras fueron trocándose en esplendor y nombradía á medida que fructificaron en ellas los gérmenes de prosperidad y cundieron entre sus individuos sentimientos enérgicos y generosos.

Los anales de España suministran la prueba de todas estas aserciones. Un pueblo de dudoso orígen, de costumbres sencillas, pero groseras, exento de toda ambicion, y sin embargo altivo y pundonoroso, tuvo que luchar desde luego con diversas gentes que atraidas por la fama de sus riquezas, plantaron en su suelo privilegiado la bandera de sus conquistas. Allí los celtas y rodios, allí los cartagineses y fenicios se disputaban la presa que la ignorancia de los naturales les ofrecia; y apenas quedó dueño el africano de una gran parte de su territorio, cuando se vió obligado á aprestar sus armas contra el gigantesto poder de Ro-

ma. Las falanjes invasoras llevaban principalmente la ventaja de una civilizacion superior á la de los vencidos; pero en cambio de la esclavitud les dejaban sus usos y sus leyes, sus artes y sus estudios; é ilustrándolos insensiblemente, los enseñaban á sacudir el ominoso yugo que pesaba sobre sus cuellos.

Acaeció la ruina del imperio de los Césares, hollado por las desenfrenadas turbas del Norte, y España, como miembro del imperio, experimentó la misma suerte; sin embargo Roma cayó anonadada, desapareció de la lista de las naciones, y España se mantuvo ilesa hasta cierto punto, confiando su salvacion al cetro de los godos, emparentando con ellos, y conservando su nombre, que en breve se hizo comun á intrusos y á naturales. Desde esta época recibió una existencia mas individual, tuvo legislacion propia, echó los cimientos de su futura grandeza, y civilizándose mas y mas, adquirió el noble entusiasmo de independencia que tanto contribuyó á su inmortalidad en los siglos sucesivos.

La obstinada y sangrienta lucha contra los sarracenos no hizo mas que robustecer en las almas el heróico sentimiento del patriotismo, y el grito dado por Pelayo y sus compañeros en el asilo de Covadonga se comunicó como por encanto á todos sus conciudadanos, asi como á sus hijos y descendientes. Verdad es que en este resultado influyeron considerablemente las creencias religiosas; pero esto mismo viene tambien en apoyo de nuestra asercion, puesto que la fé del cristianismo era otra consecuencia del progreso intelectual en la época de que hablamos. La presencia de un pueblo extraño en el seno de la nacion produjo tambien una mudanza notable y provechosa en nuestras costumbres, como la habia producido el trato con los romanos: los moros introdujeron en España su amor á las artes, su espíritu caballeresco, su carácter generoso y galante, y dieron á nuestra lengua y literatura el sabor oriental que se percibe aun en muchas de nuestras producciones.

En este exámen nos han precedido ya autores muy recomendables y recientemente un escritor laboriosísimo que ha tocado por incidencia el asunto del presente artículo; asi que dejando á un lado el cuadro de los progresos de nuestra civilizacion en los primitivos tiempos de la edad media, apreciaremos meramente sus efectos por una institucion en extremo singular, y la mas curiosa de cuantas se vieron en Europa en el siglo décimo cuarto.

Los desórdenes suscitados por la ambicion de la nobleza castellana durante la minoría de Alfonso XI parecen seguramente contrarios á la llaneza de las costumbres de aquel tiempo, y no obstante en estas mismas costumbres tenemos una de las causas que mas contribuyeron á la indocilidad de dichos nobles. Los ricos hombres de aquella época eran, como todos saben, pequeños soberanos, y rivales á veces del jefe supremo de la monarquía: sus casas se llamaban palacios; tenian grandes estados con pingües rentas, gentes armadas que acudian á su llamamiento, vasallos que los obedecian como á señores, y un verdadero dominio sobre los pueblos de su propiedad y jurisdiccion. Estas preeminencias consideradas en mayor escala nos dan una idea de la autoridad real, porque en efecto no eran otras las prerogativas de la corona; y como por otra parte el esplendor que rodeaba á esta no tenia carácter tan imponente como en la actualidad, los señores sabian aprovecharse de las ventajas que su posicion y todas las demas circunstancias les ofrecian.

Que el prestigio de la corona pareciese menor que en nuestros tiempos, no es menester detenerse á demostrarlo. Por la organizacion misma de aquella sociedad en que las diversas gerarquías se rozaban con mas frecuencia, y por el cúmulo é importancia de los sucesos que reclamaban donde quiera la presencia del soberano, los reyes tenian necesidad de relaciones mas directas con sus súbditos, se familiarizaban mas con ellos, y de consiguiente todos podian examinar de cerca la majestad del trono. Las crónicas nos refieren mil circunstancias en que apoyar esta opinion; el mismo Alfonso XI á pesar de su natural energía y severidad, comia á veces familiarmente con sus vasallos, terciaba en sus diferencias, y no se desdeñaba de tratar asuntos graves hasta con un simple halconero. Otra prueba de la llaneza de las costumbres, que Mariana llama falta de policía y primor, diò el mismo monarca, cuando queriendo elevar á su privado Alvar Nuñez Osorio á la dignidad de conde de Trastamara, no halló ceremonia mas cumplida que la de echar tres sopas en una taza de vino,. convidarse con ellas tres veces uno y otro, y por último tomar la una el rey y el nuevo conde la otra. De esta franqueza de trato, de estas distinciones concedidas frecuentemente y muchas veces con prodigalidad, nacian la insoportable altivez y la turbulenta desobediencia de los señores; de la ambicion de estos y del deseo de atraerlos á su partido, las mercedes y halagos que se les hacian. No conocian aun los soberanos que dando pábulo al orgullo de los poderosos, atizaban por su mano el fuego de la discordia.

Con el óbjeto pues de refrenar el espíritu de desunion é infundir otros sentimientos en los corazones de los nobles, como la emulacion del valor, la aficion á empresas gloriosas, el amor al aplauso y á los favores de la hermosura; pasado ya el azaroso período de su tutela, y en una de las ocasiones mas solemnes de su reinado, determinó el mismo monarca fundar un cuerpo de caballeria bajo la denominacion de *Orden de la Banda*; honra que quiso hacer principalmente á los hijos segundos y terceros de las casas mas distinguidas, los cuales por carecer de patrimonio, pasaban una vida oscura, segun lo afirman el célebre obispo D. Antonio de Guevara y otros escritores.

En el año de 1330 pasó el rey á la villa de Vitoria invitado por los procuradores de la tierra de Alava que le habian ofrecido el señorío de toda ella. Allí sin coaccion de ninguna especie se sometieron á su autoridad, pidiéndole por merced que les diese fuero escrito lo cual les concedió en una junta celebrada en Arriaga, permitiéndoles que viviesen conforme al de Calahorra. Este acaecimiento de suyo tan plausible, y el deseo de aumentar la solemnidad de su próxima coronacion, que debia verificarse en Burgos, le decidieron á poner cuanto antes en obra su propósito, para lo cual eligió los caballeros y escuderos mas lucidos de su corte, mandándoles que á su imitacion, y segun dice su crónica, vistiesen *paños con banda*, que él mismo les dió al efecto.

Eran los paños blancos, la banda *prieta*, esto es, negra, que bajaba diagonalmente desde el hombro izquierdo hasta encima de la cadera derecha. Esto dice tambien la crónica cuyo testimonio no puede ser dudoso, y el mismo parecer siguen el citado Guevara en sus *Epistolas familiares*, Andrés Favin en su *Theatre d'Honneur et de Chevalerie*, y en el *Tesoro militar de Caballeria*, D. José Micheli Marquez. Por el contrario Mariana y otros escritores que han hablado de esta Orden suponen que la banda se cruzaba de derecha á izquierda, y la misma discordancia se advierte respecto al color, pues unos afirman que era roja, otros que parda, azul, amarilla, etc.; y aun en la anchura, que cada cual la aumenta ó disminuye segun el dictámen que les parece mas fundado. Pero todas estas diferencias se explican fácilmente concediendo, como no puede menos de concederse, la inconstancia que traen consigo el transcurso de los tiempos y los caprichos de la moda. La banda seria en un principio tal como la crónica la pinta; despues cambió de color, de forma y aun de direccion, y daremos las pruebas que citan otros en favor de esta conjetura.

En un opúsculo titulado *Dissertatio militaris de vexillo regali in casteletensi pugna francis erepto, auctore Joanne Jacobo Chiflettio*, hallamos que Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos, publicó los estatutos de la órden de que tratamos, y no hizo mérito del color de la banda, quizá por no haber sido siempre el mismo, *ideo fortasse quod unus idemque minimè fuit*. El autor de este opúsculo asegura que el mismo Alfonso XI prefirió despues el amarillo ó dorado, y dió bandas de otros colores en diversos tiempos; y si esto hizo el fundador, no es maravilla que se tomasen igual licencia sus sucesores.

Por analogía podemos deducir que no seria mas constante el uso de la colocacion de la banda; y si bien no sabemos en qué época se introdujo la novedad de ponerla sobre el hombro derecho, es indudable que bajo el reinado de D. Juan II, se hallaba generalizada esta costumbre, puesto que en el sello áureo de este monarca cuyo anverso y reverso copiamos á continuacion, se advierte que la banda, representada en el escudo, tiene la direccion de derecha á izquierda.

Otra prueba de esta alteracion nos suministra el retrato del rey don Enrique IV (1), el cual copiamos tambien por parecernos de original auténtico, segun el citado opúsculo, de donde está sacado, y al propio tiempo por ver confirmado en él lo que la historia nos dice de la fealdad de su rostro y del desaliño de su vestido, que como el de Luis XI de Francia, formaba singular contraste con la gala y ostentacion de sus cortesanos.

No debemos confundir la banda de la Orden asi llamada con la que existió algun tiempo en Aragon, cuyo uso se debió al rey D. Fernando I de este nombre, conocido en Castilla por el infante de Antequera. Su direccion era de izquierda á derecha, como se advierte en el retrato del infante D. Enrique, hijo del mismo D. Fernando, que lleva ademas la condecoracion ó collar de oro de la órden de *la Jarra*, denominada tambien *del Grifo*, y fundada por dicho rey á principios del siglo XV.

Esta postrera, aun en sus dias, gozó de poca celebridad; pero la banda de Castilla fue estimada por mucho tiempo como un honor eminente, no solo por los nuestros, sino aun por los extraños que merecian ser inscritos en el catálogo de sus individuos. Contábanse entre ellos gran número de caballeros ilustres por su cuna y por sus hazañas, los que en la guerra con los moros tenian fama de mas valientes, los que mas pruebas de fidelidad habian dado á su soberano. Alfonso XI, célebre por tantos conceptos en las páginas de nuestra historia, monarca que inspiró respeto y amor aun á sus mismos enemigos, se mostró á los ojos de la Europa tan cortesano y discreto en la paz, como animoso y experimentado en los lances de la guerra; pues si por una parte dió pruebas de su entusiasmo é intrepidez en los campos del Salado, por otra legó á la posteridad los mas dulces recuerdos en la institucion á que nos referimos.

Ella sola bastaba para dar un nuevo impulso al enérgico carácter español y reproducir los maravillosos hechos del Cid, las proezas de Bernardo del Carpio, las heroicidades de Perez de Vargas, y tantos otros ejemplos que en aquella edad ni parecerian fabulosos, ni por lo tanto habrian caido aun en vergonzoso olvido. La fama de lo que acaecia en Castilla movió á muchos caballeros extranjeros á dirigirse á este reino con el fin de tomar parte en las justas y torneos que frecuentemente se celebraban; y el deseo de imitar al monarca castellano hizo tambien que los reyes Juan II de Francia y Eduardo III de Inglaterra creasen en sus respectivos estados las órdenes de la Estrella y de la Jarretiera; pero ninguna de ambas podia compararse, ó al menos superar á la nuestra en la delicadeza del objeto, en la originalidad de la idea, ni en el espíritu caballeresco que tan poderosamente obraba en la mente del fundador.

Para que no parezcan exagerados estos encomios, se nos permitirá transcribir á continuacion el reglamento ó estatutos á que debian someterse los que entraban en la Orden, pues aunque por su extension sean desproporcionados á los límites de este artículo, y aunque muchos de nuestros lectores los conocerán como nosotros, conviene propagar estas nociones que tanto se dan la mano con las de nuestros antiguos usos y costumbres, en cuyo estudio debiéramos ocuparnos incesantemente.

El gran maestre de la Orden era el rey, y únicamente él podia dar la banda, debiendo los que la recibiesen ser hijos de caballero ó de algun notable hidalgo, haber residido diez años en la corte, y servido en la guerra contra moros. El dia en que recibian la banda hacian pleito homenaje en manos del rey de guardar la regla, la cual comprendia las cláusulas siguientes:

(1) Por ignorar el dibujante el principal objeto con que se reproducen estos grabados, los ha copiado en la propia posicion que tienen los originales, y de consiguiente al estamparlos han aparecido por la faz opuesta. De aquí la contradiccion que se advierte entre el texto y las correspondientes láminas, en las cuales es preciso suponer que las bandas llevan direccion contraria, es decir, la de Enrique IV de derecha á izquierda, y la del infante de Aragon de izquierda á derecha, que es como han debido representarse. La falta de tiempo impide renovar estas copias; y asi esperamos merecer la indulgencia de nuestros lectores.

Debia el caballero de la Banda hablar al rey en pro de los naturales de su tierra y por la defensa de la república, so pena de ser privado del patrimonio y desterrado de la tierra.—Debia decir al rey siempre verdad y guardar fidelidad á su corona y persona; y si alguno murmuraba del rey en su presencia, y él lo disimulaba y aprobaba, seria echado con infamia de la córte y privado para siempre de la banda.—Debia hablar poco y esto verdadero; el que dijese alguna notable mentira, andaria un mes sin espada.—Acompañarse con hombres sabios de quienes aprendiese á vivir bien, y con hombres de guerra que le enseñasen á pelear, so pena, caso de pasear con algun marchante, ú oficial, ó plebeyo, ó rústico, de ser gravemente reprendido del maestre y encarcelado un mes en su posada.—Debia mantener su palabra y guardar fidelidad á sus amigos; y si no cumplia su promesa, aunque fuese dada á persona baja y sobre cosas pequeñas, andaria por la córte solo, sin osar hablar á nadie, ni llegarse á ningun caballero.—Estaba obligado á tener buenas armas en su cámara, buenos caballos en su caballeriza, buena lanza á su puerta, y buena espada en su cinta, y si en algo de esto faltare le llamarian en la córte por espacio de un mes escudero, y perderia el nombre de caballero.—Ningun caballero de la Banda podia andar en la córte á mula sino á caballo, ni sin la banda en público, ni atreverse á entrar en palacio sin espada, ni á comer solo en su posada, pues por cualquiera de estas infracciones pagaria un marco de plata para la tela de la justa.—No debia servir nunca de lisonjero, ni preciarse de chocarrero; y si alguna vez se pusiese en palacio á contar donaires ó á decir lisonjas al rey andaria por la córte un mes á pié, y estaria otro tanto tiempo arrestado en su posada.—Nunca se quejaria de heridas que tuviese, ni se alabaria de hazañas que hubiese hecho, pues el que dijera ¡ay! al tiempo de la cura ó relatára muchas veces sus proezas, seria gravemente reprendido del maestre, y no visitado de los demas caballeros de la Banda.—Ninguno de estos se atreveria á jugar á ningun juego, en especial al de dados secos, so pena de quedar un mes sin sueldo, y no entrar en palacio en mes y medio.—No debia empeñar sus armas, ni jugar las ropas de su persona, ni apostar sobre ellas, pues en estos casos andaria dos meses sin banda, y estaria preso otro mes en su posada.—Estaba obligado á vestir de paño fino, y á sacar en las fiestas alguna seda, y algo de oro en las pascuas: el que tuviese medias calzas y llevase botas, las perderia, dándoselas á los pobres de limosna. Si quisiese pasearse á pié en palacio ó por la córte, no habia de andar muy apriesa ni hablar á grandes voces, sino bajo, y pasearse despacio, so pena de ser reprendido por los otros caballeros y castigado por el maestre.—Ni en burlas ni de veras debia decir palabras que afrentasen ó lastimasen á otro caballero; de lo contrario pediria perdon al injuriado, y saldria tres meses desterrado de la córte.—Ningun caballero de la Banda entraria en contienda con ninguna doncella, ni levantaria pleito á mujer hidalga, porque en tal caso incurriria en la pena de no poder acompañar á ninguna señora del pueblo, ni servir en palacio á dama alguna.—Si encontrase en la calle alguna señora que fuese generosa y valerosa, estaba obligado á apearse y acompañarla; y de no hacerlo asi perderia un mes de sueldo y seria desamado de las damas. Ademas, si alguna mujer noble rogase á un caballero de la Banda que hiciese por ella alguna cosa, y pudiendo hacerla no la hiciese, seria llamado en palacio por las damas *el caballero mal mandado y no bien comedido*.—Ningun caballero de la Banda se atreveria á comer cosas torpes y sucias, como puerros, ajos, cebollas, pues en tal caso no podria entrar aquella semana en palacio, ni sentarse á mesa de caballero.—Tampoco deberia comer estando en pié, ni comer sin manteles, pues si asi no lo hiciese comeria un mes sin espada, y pagaria un marco de plata para la tela.—No habia de beber vino en vasija de barro, ni agua en cántaro; y al tiempo de beber se santiguaria con la mano y no con el vaso; haciendo lo contrario, quedaria desterrado un mes de palacio, y no beberia vino en otro mes.—Si riñesen dos caballeros de la Banda y se desafiasen, trabajarian por ponerlos en paz los otros caballeros, y si no quisiesen ser amigos, que de nadie fuesen ayudados, so pena que si alguno los bandease anduviere un mes sin espada y pagase un marco de plata para la justa.—Si alguno llevase banda sin habérsela dado el rey, le desafiarian dos caballeros de la Banda; y si ellos le venciesen á él no podria ponerse banda; mas si él los venciese á ellos, podria en adelante llevar banda y llamarse caballero de la Banda.—Cuando en la córte se hiciesen justas y torneos, el caballero que ganase la joya de la justa y la presea del torneo ganaria tambien la banda, aunque no fuese caballero de ella, la cual le daria el rey en el acto, recibiéndole los caballeros en la Orden.—Si algun caballero de la Banda echase mano á la espada para otro compañero suyo, no pareceria delante del rey en dos meses, ni podria en igual tiempo llevar mas que media banda.—El caballero de la Banda que hiriese á otro de la Orden sobre enojo y rencilla no entraria en palacio en un año, y estaria preso la mitad de este tiempo.—Ningun caballero de la Banda que fuese justicia por el rey en la córte ó fuera de ella podria ajusticiar á ningun caballero de la Banda, sino prenderle y remitirle al rey.—Yendo el rey á la guerra irian con él todos los caballeros de la Banda, y puestos en el campo se juntarian bajo una bandera, y estarian y pelearian á una; de lo contrario perderian un año de sueldo y andarian otro año con media banda.—Ningun caballero de la Banda seria osado de ir á guerra si no fuese de moros; si en alguna otra se hallase quedaria por entonces sin la banda, y si pelease en favor de otro que del rey, la perderia.—Todos los caballeros de la Banda debian juntarse tres veces al año donde el rey mandase, y estas juntas serian en abril, setiembre y navidad para hacer alarde de sus armas y caballos, y tratar de asuntos de la Orden.—Debian todos los caballeros de la Banda tornear por lo menos dos veces en el año, justar cuatro, jugar cañas seis, y tener carreras todas las semanas: el que fuese negligente en ir á estos ejercicios militares ó mostrase poco arte en ellos, andaria un mes sin banda y otro sin espada.—Estaban asimismo obligados dentro de los ocho dias que llegase el rey á algun lugar, á poner tela para justar y carteles para tornear: y ademas de esto debian tener maestro y escuela adonde fuesen á esgrimir y á jugar de puñal y espada, so pena que el negligente en esto fuese arrestado en su posada y privado de media banda.—Ninguno de esta Orden habia de estar en la córte sin servir á alguna dama, no para deshonrarla, sino para festejarla ó casarse con ella; y cuando saliese fuera debia acompañarla como ella quisiese, á pié ó á caballo, llevando quitada la caperuza y haciendo la mesura con la rodilla.—Debia tambien, cuando supiese que en torno de diez leguas de la córte se hacian justas ó torneos, ir á justar y á tornear, so pena de andar un mes sin es-

Retrato de D. Enrique IV.

Retrato de D. Enrique, infante de Aragon.

pada y otro tanto sin banda.—Si algun caballero de la Banda se casase veinte leguas en torno de la córte, todos los demas irian con él al rey á pedirle alguna merced, y despues le acompañarian todos hasta donde se habia de casar, para hacer allí algun honroso ejercicio de caballería, y ofrecer alguna presea á su esposa.—Todos los primeros domingos de cada mes irian juntos á palacio y muy bien ataviados los caballeros de la Banda, y allí en el patio, ó en la sala real, delante del rey y de toda su córte jugarian de todas armas dos á dos, de manera que no se lisiasen.—Tornearian treinta con treinta, y esto con espadas romas y sin filo, y tocando las trompetas arremeterian juntos, y en sonando el añafil se retirarian todos, so pena de no entrar mas en torneo y de no ir un mes á palacio.—En la justa no debian correrse mas de cada cuatro carreras; los jueces debian ser cuatro caballeros, y el que en cuatro carreras no quebrase lanza, pagaria todo lo que costase la tela.—Al tiempo que falleciese algun caballero de la Banda le irian todos á ayudar á bien morir, y despues irian á enterrarlo, y se vestirian todos de negro un mes, y no justarian en otros tres.—Dos dias despues de enterrado el caballero de la Banda se juntarian todos los otros caballeros de la Orden, é irian al rey, lo uno á darle la banda del muerto, y lo otro á suplicarle recibiese en su lugar algun hijo grande de él, é hiciese alguna merced á su mujer para sustentarse y casar sus hijas.

Estas eran las obligaciones que contraian los individuos del cuerpo de la Banda, algunas de las cuales nos parecerán ridículas hoy dia; mas en aquellos tiempos en que las prendas de un buen caballero participaban de todas las virtudes públicas y domésticas, de todo el atractivo de la honradez, elegancia y cortesanía, no lo eran de modo alguno. Otra observacion nos sugerirá la lectura de tan peregrinas constituciones: que mientras en las famosas órdenes de Santiago, Alcántara y Calatrava se prescribia como en recuerdo de su antiguo orígen y por medio de los votos que hacian sus candidatos, un régimen de vida monástico hasta cierto punto, la de la Banda solamente compendiaba los deberes que en aquella época eran propios de toda persona distinguida, y por lo tanto podia llamarse esencialmente caballeresca. ¿Hay algo mas delicado que las consideraciones que se mandan tener con el bello sexo, y la prescripcion de que todo caballero tuviese una dama á quien servir, la acompañase con muestras del mayor respeto, y no la galantease sino con el honesto fin de merecer su mano? En medio de la grosera sencillez que descubren las costumbres de aquellos siglos ¿no denota este solo rasgo que la mujer ha gozado siempre en nuestra sociedad de una especie de culto que nunca podrá alcanzar con la quimérica emancipacion de la filosofía moderna?

Pero volviendo á los sucesos que nos hemos propuesto referir, cuenta la crónica que como fuese el rey D. Alfonso de muy nobles acciones, y procurase honrar en todo su dignidad, determinó coronarse, armarse á sí propio caballero, y dispensar luego este honor á los ricos hombres, infanzones é hidalgos de sus reinos; á cuyo efecto mandó que concurriesen todos en dia señalado á la ciudad de Burgos. Hallábase á la sazon en este punto; y para dar tiempo á que acudiesen al llamamiento, se encaminó en romería á Santiago con el designio de visitar el cuerpo del santo apòstol, y recibir de él la órden de caballería: resolucion digna de su grande espíritu, y prueba de lo arraigada que estaba la fé aun en los corazones menos supersticiosos. Llegado que hubo á aquella ciudad, en la que entró á pié por mas humildad y devocion, fué en derechura á la iglesia, donde pasó toda la noche velando sus armas, que estaban puestas sobre el altar del Santo. Al amanecer el arzobispo de Santiago, D. Juan de Limia, le dijo misa; y bendiciéndole las armas, el gambax ó sobreveste, la loriga, los quijotes y canilleras, los zapatos de hierro, y por fin la espada, púsoselas el mismo rey sin que le ayudase nadie; y por último llegándose á la imágen de Santiago y acercando el rostro, recibió la pescozada. Era indispensable todo este ceremonial para quedar armado caballero; por otra parte la dignidad del soberano no permitia que pudiese tocarle nadie, sino el santo patron de España, caballero y alferez mayor de Jesucristo, y alferez mayor del pendon de Castilla y de Leon, como entonces se le llamaba.

Hecho esto, tomó Don Alfonso la vuelta de Burgos, donde encontró ya muchos caballeros de los que habia citado, y mientras iban llegando los restantes, mandó que se pusiesen dos tablados para justar, ademas de los que con el mismo fin habia en diversas partes de la poblacion. En cada uno de aquellos estaban cuatro caballeros de la Banda para mantener la justa contra todo el que quisiese lidiar con ellos; y pasando entonces por Burgos muchos extranjeros que iban en romería á Santiago, se los invitaba á tomar parte en la fiesta, á lo que accedian los mas con el deseo de lucir su gallardía y denuedo. De este modo al estímulo del amor propio se añadia el espíritu de patriotismo, y á la humillacion de quedar vencido, el público desdoro de serlo por un desconocido en quien á veces se hallaria un ilustre personaje y á veces un oscuro aventurero. El mismo rey que se complacia extraordinariamente, y aun solia mezclarse en estas diversiones, no obstante lo peligrosas que eran, tenia mandado que en todos los pueblos inmediatos á Burgos adonde iba frecuentemente, hubiese tablas para justar, y prevencion suficiente de armas y de todo aquello que para el caso se requería.

Llegó el dia de la coronacion, y la ciudad toda, llena de innumerables gentes, así del pueblo como de la nobleza y clero, anunció desde muy temprano la solemne fiesta que se preparaba. El rey se trasladó desde la habitacion del obispo de Burgos á sus casas de las Huelgas, en cuyo monasterio debia verificarse segun costumbre la ceremonia; y á la hora señalada se dirigió á la iglesia á caballo, rodeado de toda la grandeza de sus reinos y de todos los caballeros que habian venido á la fiesta de la coronacion, los cuales caminaban á pié formando un acompañamiento no menos brillante que numeroso. La crónica ya citada describe prolijamente la magnificencia del vestido del rey y la riqueza de las guarniciones de su caballo: admirable profusion de gusto y suntuosidad en unos tiempos tan incultos aun y desasosegados, en que afortunadamente los representantes de la real estirpe se mostraban superiores á la ilustracion general, como lo habian sido antes á los golpes del infortunio.

El rey sentado en el trono, y al lado su esposa Doña María, oyeron la misa que dijo el mencionado arzobispo de Santiago en presencia de otros varios prelados vestidos de pontifical. Al ofertorio, dejando los reyes sus asientos, subieron al altar y se arrodillaron: el arzobispo ungió al rey en el hombro derecho y bendijo las dos coronas que estaban sobre el altar, las cuales tomó D. Alfonso, poniéndose la una él mismo y colocando la otra sobre las sienes de su esposa. Ambos siguieron en aquella humilde actitud hasta la elevacion, y concluida esta, volvieron á sus puestos, y permanecieron en ellos hasta el fin de la misa sin quitarse las coronas. Era un espectáculo interesante ver asegurada en las sienes de aquel monarca la diadema que en su niñez habia sido el juguete de ambiciosos y descontentos: el carácter que supo mostrar apenas tomó las riendas del gobierno, el rigor, tan necesario entonces, con que trató á los mas indóciles y revoltosos, y las contínuas empresas en que tuvo ocupados á sus vasallos, libraron al trono de los peligros que le amenazaban, y retrajeron de sus siniestros propósitos á la turbulenta aristocracia, causa muy principal de los quebrantos que se padecian.

En celebridad de tan fausto suceso hubo aquel dia juegos de lanzas y bohordos, y todos los demás regocijos que en tales casos y en tales tiempos se acostumbraban. Al siguiente armó el rey caballeros con grandes ceremonias y aparato, á los principales ricos hombres é hidalgos de su reino, los cuales comunicaron luego este honor á un número determinado de nobles, cada cual segun su poder y categoría. Todas estas novedades, pues así podian llamarse, (dado que de tiempo atrás no dispensaban los reyes la honra de caballería, y por esto trató D. Alfonso de restablecerla,) todas estas novedades fueron acompañadas de funciones y regocijos militares en que los ánimos se habituaban á los peligros y estruendo de la guerra, y se disponian á grandes empresas y heróicos hechos; y en todas estas escenas desempeñaron el principal papel los caballeros de la Banda.

La historia no vuelve á hacer mencion de la nueva Orden hasta el año de 1333, en que algunos suponen, acaso con fundamento, que experimentó alguna reforma, y aun dan por seguro que entonces formó el rey D. Alonso los estatutos que ya hemos visto. Lo cierto es que en el citado año, hallándose el mismo rey en Valladolid, se verificó un famoso torneo, exclusivamente sostenido por los caballeros de la Banda contra los llamados de la ventura que quisieron entrar en él. Hallóse entre los mantenedores el propio D. Alfonso, aunque encubierto, por no quitar la libertad que debia reinar, y si hemos de creer lo que la historia dice, hubo encuentros muy reñidos, y heridas y pesados golpes, de que cupo al monarca alguna parte, despartiéndose por último sin que los fieles supiesen á quiénes adjudicar el lauro de la victoria.

Otro torneo semejante tuvo lugar en Burgos el lunes de pascua del año 1335 con motivo de varias ordenanzas que mandó promulgar el rey relativas á la administracion de justicia, y á la moderacion en el vestir, pues el demasiado lujo empobrecia las casas y daba ocasion á vicios y abusos vituperables. Con el tiempo fueron entregándose tambien al olvido estas diversiones, ó por lo menos no ofrecieron tanto interés; bien es verdad que las circunstancias, cada vez mas complicadas, eran poco á propósito para semejantes entretenimientos, á no ser en alguna ocasion memorable, ó cuando naturalmente hallaban placer en ellos los reyes ó sus favoritos. Así en 1356 celebró uno en Tordesillas el rey D. Pedro; posteriormente no hallamos mencion de ningun otro de importancia hasta el largo reinado de D. Juan II en que el carácter enérgico y caballeresco de D. Alvaro de Luna reprodujo en la córte estos espectáculos, ya al paso por Valladolid de la infanta de Aragon doña Leonor, que iba á desposarse á Portugal, ya en las córtes de Madrid de 1443, ya finalmente en las justas que se hicieron en Valladolid por el casamiento de D. Enrique IV, siendo príncipe todavía; fiestas de triste memoria por las desgracias que produjeron. Por último en el reinado de este D. Enrique se tuvo un famoso torneo entre Madrid y el Pardo, del cual fue mantenedor el privado D. Beltran de la Cueva, con grande escándalo del pueblo que le vió derramar á manos llenas el oro que debia á la liberalidad del soberano.

En todos estos festejos, prescindiendo de los que los estatutos les prevenian, tomaron mas ó menos parte los caballeros de la Banda, y por lo tanto no puede ponerse en duda la existencia de la Orden á mediados del siglo XV; sin embargo, no es fácil averiguar cuándo comenzase á perder el valor que se la daba generalmente; por el contrario Juan I, segun el testimonio de Garibay, no halló obsequio mas honorífico para los caballeros que vinieron á Castilla con el emperador Sijismundo, que la concesion de la citada Banda: y del escudo que dejamos copiado en el sello de D. Juan II, se deduce que aun en tiempos de este monarca era insignia de grande estima. Despues experimentó esta institucion la suerte que corren todas, y así el historiador Mariana nos dice que en sus dias no se conservaba de ella rastro ni señal alguna.

Lo propio puede decirse de las costumbres y organizacion de nuestros antiguos pueblos, lo propio de la mayor parte de los linajes que los habitaban y ennoblecian. ¿Qué traslado nos queda de aquellos ilustres héroes, orígen de la sociedad que fué mas adelante el asombro y modelo de la Europa? Algunos han sobrevivido al trastorno universal, perpetuando sus nombres en su descendencia; la mayor parte vieron irse menoscabando su fama en sus sucesores, los cuales yacen hoy dia confundidos y despreciados aun entre el vulgo. Pudiéramos anotar aquí los nombres de los ilustres personajes que componian la órden de la Banda si no temiéramos ser molestos: en su número se hallaban comprendidos ademas del rey, los infantes y otros nobles cuyos mayorazgos subsisten todavía, caballeros tan principales como Pedro Fernandez de Castro, apellidado *de la Guerra*, sin duda por sus proezas, padre que fué de Doña Juana de Castro, esposa momentánea del rey D. Pedro; Alfonso Fernandez Coronel, Alvar García de Albornoz, Garci Jofre Tenorio, Pedro Trillo, Juan Rodriguez de Villegas, Mendo Rodriguez de Biezma, Juan de Cerejuela. Juan Fernandez de Bahamonde, Gil de Quintana, Juan Rodriguez de Cisneros, Iñigo Lopez de Orozco, y muchos mas cuyos apellidos eran de casas ilustres y poderosas, que figuraban al lado de las de

la primera nobleza. «Hay ahora en España, dice el ilustrísimo Guevara haciendo estas mismas reflexiones, otros linajes que son Velascos, Manriques, Enriquez, Pimenteles, Mendozas, Córdovas, Pachecos, Zúñigas, Fajardos, Aguilares..... Carvajales, Sotomayores y Benavides..... Es de creer que de aquellos linajes antiguos hay ahora hartos descendientes que son nobles y virtuosos, á los cuales como los vemos tener poco y poder poco, tenemos por mejor callarlos que nombrarlos.»

Esta degradacion querria quizá evitar tambien don Alfonso XI al instituir la órden de la Banda, abriendo una escena en que pudiesen conquistar gloria y aplausos aquellos á quienes la suerte habia negado las ventajas de la primogenitura; pero se dejó engañar de su buen deseo. Esta inconstancia de prosperidad y cambio recíproco de gerarquías estan en los principios inmutables de la naturaleza, porque ni los individuos ni las familias pueden perpetuar en sus vínculos los favores de la fortuna: las naciones perecen; los tronos se hunden en el abismo de la nada; se corrompen las generaciones y desaparecen de la tierra, y todo vive expuesto á esa inmensa série de vicisitudes sin la cual caducarian el progreso y perfeccion del mundo.

CAYETANO ROSELL.

LA NOCHE DE INSOMNIO Y EL ALBA.

FANTASIA.

Noche
triste
viste
ya
aire
cielo
suelo
mar.

Mirando
del mundo
profundo
solaz,
Esparcen
los sueños
beleños
de paz.

Y se gozan
en letargo,
tras el largo
padecer,
Los heridos
corazones
con visiones
de placer.

Mas siempre velan
mis tristes ojos;
ciñen abrojos
mi mustia sien;
Sin que las treguas
del pensamiento
á mi tormento
descanso den.

El mudo reposo
fatiga mi mente;
la atmósfera ardiente
me abrasa do quier;
y en torno circulan
con rápido giro
fantasmas que miro
brotar y crecer.

Dadme aire!... necesito
de espacio inmensurable,
dó del insomnio al grito
se alce el silencio y hable.
Lanzadme presto fuera
de angostos aposentos....
¡quiero medir la esfera!
quiero aspirar los vientos!

Salí por fin del ántro tenebroso
de aquesa soledad sin estension:
donde el silencio mora sin reposo,
y reina sin la calma la inaccion.
Ya salí, sí, de los estrechos muros:
ya puedo por los llanos discurrir....
mas ay! me pierdo en ámbitos oscuros,
y nada logro ver, ni nada oir.
Aquí los campos, sin color ni espácios,
semejan imperfecta creacion:
allá parecen templos y palácios
sepulcros de un inmenso panteon.

Ni una hoja se mueve, ni una ave respira;
parece que el tiempo parado se está;
y nada en la tierra con formas se mira;
ni nubes ni sombras distínguense ya.
Imágen horrible del cáos primitivo,
se siente la calma y á par confusion:
yo en este sosiego la nada concibo
dudando si existe mi propia pasion.

Mas qué siento!... balsámico ambiente
se derrama de pronto! El capuz
de la noche rasgando en oriente,
se abre paso la cándida luz.
Es el alba! sus líquidas perlas
ya coronan mi frente febril,
y en las hojas acude á mecerlas
con susurros el aura gentil.
Es el alba!... se alejan las sombras,
y con nubes de azul y arrebol
se matizan etéreas alfombras,
donde el trono se asienta del sol.
Es el alba! es la luz! es la vida!
es la fé! la ilusion! la esperanza!
es el alba, que bella y florida
de los campos del cielo se lanza!
Y á mi pecho, que asedian dolores,
el esfuerzo perdido restáura,
cual reviven las lánguidas flores
á los soplos benignos del aura.

¡Oh, autor de los colores! ¡oh rey del claro dia,
que en campos de mi patria tuviste sacro altar!
mi acento te saluda con férvida alegría,
ya enciendas á la tierra, ya argentes á la mar.
Desde la ardiente Zona dó tienes almo asiento,
tus rayos á mi cuna lanzaste abrasador....
por eso en ígneas alas remonto el pensamiento,
y el fuego me devora de inextinguible amor.
Mas quiero que tu lumbre mis ansias ilumine;
mis lágrimas reflejen la aureola de tu luz;
y solo cuando yerta la muerte se avecine
la noche tienda triste su fúnebre capuz!

G. G. DE AVELLANEDA.

UNAS HOJAS MARCHITAS.

NOVELA.

INTRODUCCION.

Me hallaba dias pasados en mi gabinete, ocupado en escribir á mi amigo, cuando abriéndose la puerta con inusitado estrépito, se introdujo en él, sin preceder aviso alguno, un jóven comandante cuyo pecho cubierto de honrosas condecoraciones, manifestaba haber sido de *los mas valientes* en la fratricida lucha que acaba de asolar esta Nacion infortunada. Se acercó sin hablar palabra; me abrazó fuerte y cariñosamente; mirándome como sorprendido de que no le conociera, y se puso despues á mi frente con los brazos cruzados, esperando sin duda que yo rompiese el silencio.

Largo rato le estuve examinando, por si podia reconocer aquellas facciones; pero inútilmente: aquel hombre me pareció totalmente estraño.—Caballero, no tengo el honor...

—De qué?

—De saber quien sois.

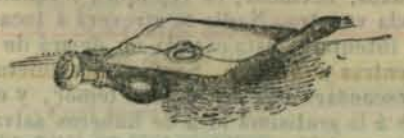
—Toma! ¡toma! !Con que no me conoces yá? ¡Te has olvidado totalmente, y en el corto espacio de seis años de tu inseparable Enrique!

—Tú Enrique! ¿De veras eres tú, Enrique?

—Claro está.

—Quién habia de conocerte! Cuando nos *hemos* separado eras un niño aun; pero un niño blanco, encarnado y rollizo como prior de dominicos; travieso, amable y risueño como doncella en deseos de que le hagan el amor. Ahora te estoy mirando y dudando aun si eres tú: te has vuelto moreno, alto y estenuado como el héroe de Cervantes; tu semblante es adusto y taciturno como el de un ministro, y...

—Acabarás hoy con tus comparaciones? Cierra la carta que tienes delante y salgamos á ver nuestros antiguos andurriales. En estando al aire libre hallarás cuanto quieras.—Corriente. Me puse á concluir mi carta, la que cerré con prontitud, y al tomar el som-



brero para salir, observé que mi amigo, puesto á la ventana, sacó del bolsillo una cajita negra á manera de un ataud en miniatura que despues de acercarla con delirio á sus labios, la besó con pasion, y satisfecho de no haber sido observado, la guardó cuidadosamente; cogió su chacó, y se dispenia á emprender la marcha, viendo que me hallaba ya dispuesto.

Deseoso de saber lo que contenia aquella misteriosa caja, que tales halagos acababa de merecer á mi buen amigo, no pude menos de dar pábulo á mi curiosidad, rogándole me explicase lo que aquello significaba.

—Me la viste? preguntó algo cortado.

—Claro está.

—Mira... nada... ¡unas hojas marchitas?

—Vaya, vaya! cosas de un militar... Habrán estado en el seno de alguna bella...

—Calla: no profanes este depósito sagrado. ¿Ves estas hojas? por conservarlas diera yo mi fortuna y hasta la propia existencia. No lo dudes: mi único placer es besar estos restos de una rosa... Tú no sabes su historia, y yo no tendré valor para contártela; pero toma... aquí la hallarás escrita... cuando puedas, dedica un momento á su lectura: me aprecias demasiado para que te sea indiferente el conocimiento de una escena en que yo he representado uno de los papeles principales. Si su contenido hace asomar á tus ojos el llanto, derrámale sin avergonzarte... ¡Tambien yo he llorado mil y mil veces sobre ese precioso legajo! Sí... no tengo reparo en decirlo; porque si las lágrimas anuncian los sentimientos del corazon, ¡infeliz de aquel que no puede derramarlas!»

Así decia el manuscrito de mi buen amigo.

I.

Era una mañana de agosto de 1834. El sol habia salido puro y sereno, y yo para disfrutar mejor de la brisa que en la estacion ardorosa se busca con tanto entusiasmo, sobre todo en nuestras provincias meridionales, dejé temprano mi habitacion y dirigí mis pasos á la playa.

Sentado sobre una peña, observaba con fervor religioso los bellos encantos de la naturaleza. Las olas se sucedian suave y alternativamente, á beneficio de un ligero nordeste; algunos buques levando sus anclas y desplegando la mayor parte de sus velas, hundian magestuosamente el líquido inmenso cuando aquellas se inflamaban; percibíase al mismo tiempo el monotóno y acompasado canto de los marineros ocupados en la maniobra, y los peces, saltando con increible ligereza, saludaban el astro del dia que reflejaba sus rayos vivificantes en aquel terso y prolongado espejo.

Todo era bello y magnífico; todo inspiraba alegria y placer; y sin embargo, yo estaba triste; mi corazon palpitaba con celeridad y sin tener verdaderamente una causa conocida. Yo era entonces feliz; sí... enteramente feliz; á pesar de esto, mi alma estaba afligida.

El corazon presagia algunas veces nuestra suerte futura; y aunque parezca esto una preocupacion, no puedo menos de creerlo asi: lo he visto, lo he palpado.

Estando yo absorto en mis meditaciones, observé cerca del punto en que me hallaba sentado, una jóven hermosa que, apresurada y pidiendo favor, corria de peña en peña cual si su juicio estuviese trastornado. Traia sus hermosos cabellos, negros como el ébano, sueltos, y esparcidos desordenadamente por las espaldas; sus ojos encendidos y llenos de lágrimas; su semblante pálido y desencajado; su pecho desnudo; húmedos sus vestidos, y sus pies descalzos y ensangrentados. Corrí presuroso hácia ella, y al verme, lanzando un ay profundo, cubrió su nevado cuello con ambas manos, y retrocedió espantada.

—Tomad mi pañuelo, la dije al mirar su sobresalto, cubrios y no temais: ¿puedo por ventura seros útil?

—¡Ah!... socorredme!... socorredme por piedad, me repuso algo mas tranquila entre infinidad de sollozos, ¡Un hombre me sigue!... ¡infame!... Estaba sola en el baño.... ¿No vísteis acercarse un esquife?... pues él era!... él era!... no os separeis de mí un momento.... pudiera venir, ¡y entonces!...

Al decir esto apretaba mi mano con fuerza desproporcionada, me miraba con frenesí delirante, y su cuerpo temblaba como una débil rama en la fuerza de una tempestad. Jamás mujer alguna me pareció tan bella y encantadora ¡Interesa tanto la desgracia!...

—Serenaos, hermosa, la repliqué; serenaos que mi vida es toda vuestra. Nadie se atreverá á tocaros, y si alguno lo intentare, esta espada no dejará de hacer su deber mientras yo respire. Sentaos con quietud, os es preciso descansar. Desterrad todo temor, y entregaos solamente á la gratísima idea de haberos salvado.

En esto se dejó percibir á lo lejos el ruido de un pequeño esquife que se alejaba con increible ligereza.

—¡El es!... él es!... me dijo asustada; y sus brazos ciñeron maquinalmente mi cintura. ¡El es!... no me desampareis por el cielo.

Inútil fué el interés con que examiné al hombre que aquella barca conducia: un ancho sombrero cubria la mayor parte de su rostro, y nada pude percibir de sus facciones.

Despues de haber descansado mi bella jóven un corto momento, y luego que su semblante adquirió una expresion mas tranquila, la conduje al lugar en que dejára sus vestidos. Llegó á poco rato su doncella, que se habia separado unos momentos antes, y despues de algunas reconvenciones por una parte y de sorpresa por la otra, me separé á fin de que se vistiera tranquilamente, mientras yo distraido en recoger algunas conchas, pensaba en la casual aventura que tanto afectaba mi alma en aquellos momentos.

Apenas habia pasado un cuarto de hora, cuando salió con un gracioso traje de mañana, hermosa sí; pero con menos atractivos para mi que cuando cubria su cuerpo aquel húmedo vestido. Se cogió á mi brazo para no deslizarse en las peñas, y emprendimos, aunque con lentitud, el camino de su casa.

Cuanto mas observaba su semblante, mayor inquietud experimentaba mi alma. ¡Era tan hermosa!... Llegamos al término de nuestro viaje con harto pesar mio; porque nunca brazo de mujer alguna habia causado en mi alma semejantes emociones. Me suplicó la visitase á menudo... Ella no sabia lo que pasaba por mí ¡Cuán poco era preciso para que yo me aprovechase de su generoso ofrecimiento!

Al siguiente dia fui á su casa y tuve el placer de verla y admirar á mi sabor sus encantos. ¡Cada vez se me figuraba mas hermosa! Mi pasion se aumentaba prodigiosamente, y ella, quizá sin saberlo, daba pábulo á lo que llamaba entonces amistad...¡pero no lo era, no! Llegué á quererla con delirio, y solo á su lado se hallaba mi corazon con sosiego. Al llegar á su domicilio, palpitaba agobiado de temor y esperanza; y si por desgracia habia salido, solo su vuelta era capaz de consolarme. Jamás sin embargo pude decirla ¡te amo! Me inspiraba su vista un respeto inconcebible, y nunca osaron mis manos tocar ligeramente aquellos vestidos cuyo roce me electrizaba.

Mi amor era puro y santo como el que los ángeles profesan al Criador. Me trataba con la mayor amabilidad, y satisfacia con esto todos mis deseos: á nadie dedicaba su cariño, y era bastante para tranquilizar mi espíritu: me llamaba su libertador, su amigo; mi ausencia la causaba inquietud á no engañarme el deseo, y esto aumentaba mi frenesí y alimentaba una esperanza que jamás debió haber abrigado mi alma. Sin embargo, cuando me detenia á considerar el porvenir, una tristeza irremediable me acometia, y presagios funestos se agolpaban sin orden en mi acalorada fantasía. Ella pertenecia á una elevada familia... era por demas encantadora! y yo... ¡un simple oficial sin títulos ni gloria que ofrecer á sus plantas!!

Todas estas consideraciones desaparecian ante una de aquellas miradas seductoras en que sus ojos se encontraban con los mios. Entonces... solo me ocupaban sus hechizos y el recuerdo de nuestro encuentro por primera vez en la playa.

II.

¡Bello es sin duda en una mañana de mayo, cuando el astro vivificador empieza á disipar las nieblas de la alborada, hallarse en un jardin ameno; respirar el aire embalsamado por las flores; escuchar el dulce canto de los colorines, y observar cómo las volubles y pintadas mariposas revolotean de flor en flor! ¡Bello es sin duda! y mucho mas si una belleza cubierta de blanco vestido riega por su mano las rosas que adornan y embalsaman el vergel! pero si la hermosa es el ángel de nuestras delicias ¡oh! entonces...¡Es la ilusion mas encantadora que puede formarse el poeta en los mas fogosos momentos de amorosa inspiracion!

Nueve meses habian pasado ya sin dejar de admirar un solo dia las gracias de mi adorada Laura (este era su nombre): nueve meses, si, y todos ellos de placeres é ilusiones gratas. Mi amor habia llegado tan á su apogeo, que por un beso de aquellos labios, que mirára pálidos y temblorosos en la primera entrevista, hubiera dado mi existencia.

Una mañana de primavera, serian poco mas de las cinco, salí con objeto de dar un paseo por la fresca sin saber á qué punto dirigir mis pasos. Distraido marchaba yo, cuando á poco rato me hallé sin saber cómo, junto á la muralla del jardin de mi bella y la divisé á lo lejos ocupada en llenar de flores un canastillo que pendia de su hermoso brazo.

Imposible me fué resistir al deseo de verla mas de cerca en tan agradable ocupacion. Me dirigí á su casa, aunque la hora no era verdaderamente muy á propósito; pero sabido es que la ignorancia y el amor hacen al hombre por demas osado. Un criado me condujo al jardin; entré sin ser visto por ella, y aprovechándome de su posicion, pude observar á corta distancia todas sus bellezas.

Estaba cubierta con un largo y blanco vestido que daba á su figura una gracia irresistible: su talle airoso y flexible estaba sujeto con un negro y brillante cinturon, cuyos extremos se prolongaban hasta el suelo halagando á cada movimiento las plantas: su cuello se hallaba cubierto con una trasparente gasa del color del firmamento en un dia sereno: los luengos rizos de su negra cabellera ondeaban sobre su espalda besándola ligeramente á beneficio de la brisa, y sus ojos radiantes de alegría, daban á su sonrosado semblante un mágico atractivo incapaz de describirse.

Me acerqué á ella, y al verme como sorprendida de visita tan inesperada, «seguramente no esperaba veros á estas horas, me dijo sonriendo; madrugais demasiado, y parece ademas que las puertas se abren á vuestra presencia, cuando habeis llegado sin que os anunciasen; y que sois bien sutil: puesto que estais aquí sin que haya notado el menor ruido.»

—Nada de lo que decís. Os ví desde afuera, y no pude resistir al deseo de respirar en vuestra compañía el aire embalsamado por estas flores que vuestras manos han regado. Ademas..... la jardinera es tan amable, que no temí llevase á mal mi atrevimiento; con todo, si mi presencia os pudiera ser molesta...

—No por cierto. Ni vos lo deseais al parecer, una vez estais aquí, ni yo lo exijo tampoco. Aprovechemos este favorable momento, porque necesito hablaros: casualmente cuando aparecísteis á mi lado estaba pensando en vos. Allí tenemos un asiento en donde, á beneficio del ramaje, podremos estar con desahogo y seguros de no ser observados.

—Cuando gusteis: mi mayor placer es escucharos. Pero quisiera que aceptáseis antes esta rosa y la colocaseis sobre vuestra frente. ¡Qué hermosa es! parece querer disputaros la palma.

—Verdaderamente habeis elegido bien. No puede darse en una flor mayor lozanía. Abrió su cáliz á la fresca brisa de la mañana; pero cuando el sol haya llegado á la mitad de su carrera, se verá marchita y sus hojas se desprenderán una á una como las ilusiones de la juventud. ¡Verdadero retrato de nuestra hermosura!... nacemos; tenemos un momento de brillo y esplendor, y al instante el fuego inestinguible de las pasiones nos marchita y consume, sin que esfuerzo alguno pueda cortar sus progresos... Traed; la colocaré en donde gusteis; así llegará primero su última hora. Sentaos y escuchad. ¿No recordais que algunas veces os hablé de un sugeto que suele entrar en mi casa con harta frecuencia, de dos meses á esta parte?

—Sí por cierto. Pero... ¿os hallais indispuesta? Hace un momento, ni vuestro semblante estaba pálido, ni húmedos y tristes vuestros ojos.

—Por ahora ninguna dolencia me aqueja; pero el solo recuerdo de este hombre me causa terror y conmueve todo mi cuerpo.

—Es muy singular! ¿Me atreveré á preguntaros la causa?

—Yo misma la ignoro. Apenas le conozco, y sin embargo... su vista me espanta sin poderlo remediar.

—No le conoceis, y le admitís en vuestra casa!

—Mi madre está persuadida de su honradez y distincion.

—Segun eso ¿tampoco sabreis cuál pueda ser el objeto de sus continuadas visitas?

—¡Ojalá fuere así! pero...

—Explicaos: sabeis que soy vuestro amigo, y que podeis contar hasta con mi vida, si mi vida os fuera precisa.

—Nada os ocultaré. Hace dos dias que mi madre me llamó á su gabinete, y despues de un largo preámbulo sobre los peligros que las jóvenes corremos y la necesidad de tomar estado, como el único preservativo, concluyó por decirme que el sugeto de quien acabo de hablaros me amaba entrañablemente y deseaba hacerme su esposa. Al oir tan inesperada proposicion, se heló totalmente mi sangre y hubiera caido sin duda á no haberme apoyado en una mesa que á mi lado estaba!

Nada pude contestarle en unos minutos, porque mi razon se hallaba casi turbada y mis facultades en una completa inaccion. Una pregunta suya vino á terminar mi letargo y hacerme conocer cuán horrible era mi situacion. Exhalé un hondo suspiro, y las lágrimas corrieron involuntariamente, aunque con demasiada voluntad, por mis mejillas. La dije cariñosamente lo poco agradable que me parecia entregarme á un hombre extraño que miraba con algun tedio, sin poderlo remediar, y la supliqué por el amor que me tenia no me obligase á contraer un enlace que pudiera quizá hacerme infeliz.

En lugar de compadecerla mi estado de agitacion y desconsuelo, se rió de mi súplica, diciéndome entre burlesca y colérica. «Calla, tontuela, mejor sé yo que tú lo que te conviene: él hace demas en ofrecer su mano y fortuna á una mentecata que solo merece desprecio. ¡Friolera es! ¡Cuántas abrazarian gustosas un partido tan ventajoso! Es un sugeto de juicio y cualidades excelentes, y aunque no muy jóven, el único que te conviene.»

Pero, señora, la repuse llorando, sabeis si él...«Todo lo sé» me replicó dejando su asiento y dirigiéndose á mí con aire amenazador y terrible; «todo lo sé respecto á él; y respecto á ti, mas de lo que saber quisiera, ¿estás? Tres dias te concedo para resolver... O con él, ó con Dios; no hay otro recurso.» Iba á suplicarla segunda vez, cuando llevando un dedo á sus labios «silencio, me dijo, dentro de tres dias te escucharé.»

—Es una maldad, una infamia, una completa tiranía ¡Obligaros así á enlazar vuestra suerte con la de un hombre que solo pudo inspiraros terror!... Y bien ¿qué pensais hacer?

—No lo sé. Desde entonces, no he cesado de llorar, ni mis ojos se cerraron á beneficio del sueño... una lucha interior me atormenta... el amor que tengo á la que me dió el sér, me indica que obedezca y calle; pero el corazon, que jamás me ha sido infiel, presagia un resultado funesto. En tan cruel incertidumbre, solo he pensado consultaros.

—En verdad, en verdad que apenas sé lo que debo aconsejaros. Mis palabras pudieran quizá pareceros algun tanto parciales, y entonces las escucharias y solo en escucharlas quedaba. Sin embargo, deber mio es obedeceros. Los padres no tienen derecho alguno para sacrificar sus hijos por mero capricho ó movidos del interés infame. Aconsejarles deben su bien, porque pueden mejor conocerle; pero jamás, jamás obligarles; de otro modo fueran unos tiranos indignos del dulce nombre que llevan.

—Pero debemos obedecer y respetar sus mandatos, y yo jamás quisiera merecer su maldicion. ¡¡Es tan tremenda la maldicion de los padres!! La vida primero...

—Cómo! La vida no es vuestra. El cielo os la otorgó para que á toda costa la conserváseis, y el menor atentado contra ella ó contra vuestro bienestar seria mas criminal que la falta mayor de obediencia y respeto. Esta, siendo con justo motivo, ninguna mancha

estamparia en vuestra virtud, y aquella jamás, jamas os la perdonaria el Eterno.

—Pero la amo tanto!...

—Con que segun eso, preferís su cariño á vuestra dicha? en tal caso, inútiles y por demás son mis consejos. Obedecedla; casaos con el hombre que os dá, y...

—Casarme!.... ¡unir mi suerte á la suya, sabiendo que voy á ser infeliz!..Esto es horroroso!...¡no puedo resistir á tal idea!..¡¡Tornarme en propio verdugo!!...

—Qué quereis hacer pues? Deseais obedecer: no quereis casaros, cuando debeis resolveros por uno ú otro partido: me pedís consejos cuando no estais dispuesta á seguirlos... Decidme ¿tanto le aborreceis?

—Sí, sí; todas sus palabras, todos sus movimientos, hasta sus miradas me martirizan. Si se pone á mi lado, no puedo menos de huir, y al verle acercarse, tiemblo como si me hallára al borde de un precipicio. Es imposible que pueda jamás amarle.

—Siendo así, cometeis un suicidio en unir á la suya vuestra suerte.

—Pero mi madre!.. ¡mi madre que me lo manda!...

—Segun eso, debeis casaros al momento.

—Ah, os burlais de mí!.. ya mi suerte no os interesa!..

—Me burlo de vos!!... ¡Laura! Laura! si me fuera posible rasgar mi pecho y deciros «leed» no seríais tan ligera en juzgarme. Yo tengo una vida que alguna vez he de perder; una vida absolutamente mia y por cuya conservacion nadie en el mundo se interesa: si ella basta á sacaros de vuestra duda, hablad; á ningun objeto puedo sacrificarla mas gustoso.

—Tranquilizaos; bien sé que sois el único amigo de la pobre Laura... El tiempo urge y es preciso separarnos; pero antes decidme, decidme por piedad qué debo hacer en tal conflicto.

—Pensadlo bien, y no labreis quizá vuestro infortunio por dejar de pronunciar un *no*, cuando el corazon os lo indica: mi parecer es este.

—Desconfio de mis fuerzas. Sino temiera ofender al Altísimo, buscára el alivio de mis penas bajo las bóvedas de un lúgubre monasterio... ¡pero mi alma!.. separémonos, amigo mio, separémonos.

Al pronunciar esta palabra, se alejaba ya de mí con la ligereza de un gamo. La seguí presuroso, casi no sé con qué objeto; pero fué inútil mi anhelo: cuando llegué á la puerta de su casa, habia desaparecido totalmente.

Abandoné aquel lugar, á donde poco antes llegára contento, lleno de desesperacion: ninguna esperanza me quedaba ya. La ausencia era el único medio, á mi parecer, capaz de hacerme olvidar mi pena, y solo he pensado en partir y dejar para siempre aquel pueblo, teatro de mis primeras ilusiones.

III.

—«Con que por fin estais determinado á partir; á separaros de vuestros amigos, y á no volver á ver quizá la mujer que os debe el honor y la vida?.. Hacedlo en buen hora. ¡Ojalá seais mas feliz que yo! ¡Ojalá que en el horror de los combates se detengan las balas que os vayan dirigidas y respeten vuestra vida y vuestra virtud!... Mil laureles de gloria orlen vuestra frente, y un ángel digno de vos llegue á proporcionaros felices dias de amor y ventura. Tomad; colocad en vuestro dedo este recuerdo de agradecimiento y amistad... En medio de vuestros placeres, acordaos alguna vez de la infeliz que salvásteis en la playa... En mis oraciones al Sér supremo rogaré por vos.»

Asi me decia una tarde en aquellas horas misteriosas en que las fúnebres sombras de la noche se aglomeran sobre el horizonte luchando con los últimos rayos del sol é imprimiendo en el alma del triste el temor y la duda. Horas en que remontándose la fantasía á un mundo mejor, quiere penetrar los arcanos de la eternidad, leer su destino é igualarse por un momento al supremo Dios.

Estaba sentada á mi lado; los ojos fijos en el suelo, doblando y desdoblando su pañuelo con distraccion. Yo la escuchaba con recogimiento y placer; tomé su anillo; lo llevé á los labios con frenesi, y lo coloqué en mi dedo para no separarlo jamás. Sofoqué mis suspiros; la miré con ardor; mis labios se abrieron mil veces para decirla ¡te amo! y otras mil se cerraron sin haber pronunciado una sola sílaba. ¡He sido un cobarde!

Despues de un momento de agitacion, pude contener mi pena; reprimir mis sollozos, y decirla con voz insegura.

—Sí; mañana pienso dejar este suelo; abandonarlo todo... todo. La Patria me llama en defensa de su libertad, y es preciso responder á su voz, siempre mágica para el hombre libre. Además, el corazon me dice que salga de aquí, y estoy dispuesto á obedecerle sin demora.

—Mañana!...

—Sí; mañana. Cada momento se hace mas urgente mi partida.

—Pero porqué?

—Algun dia llegareis quizá á saberlo... hoy debo callar; hacer traicion á la amistad, y deciros solamente adios. No temais que se borre jamás de mi mente la ribera en donde por primera vez nos hemos visto... Este recuerdo que acabais de poner en mis manos, y que conservaré mientras viva, es harto grato para mi... Os deseo mil venturas: que vuestro esposo sea capaz de haceros feliz; que unos hijos, tan bellos y virtuosos como vos, hagan vuestra existencia grata... y... nada mas.

—Con que nada mas deseais!

—Nada mas. Os suplicaria dedicáseis algun instante á mi memoria; pero. .

—Me suponeis ingrata!... ¿no es verdad?

—No, á fé mia.

—Y entonces, porqué?...

—Porque muy en breve tendreis un esposo...

—Callad, callad; no me recordeis lo que en este momento olvidára.

—Llorais!

—No. La mujer ingrata nunca llora.

—Pudo quizás ofenderos una palabra indiscreta en que no tuvo el corazon parte alguna? si así fuere, perdonad: estoy segurísimo de vuestro agradecimiento. ¿Lo dudais?

—Dejemos esto y tomad. Afinad esta guitarra y cantemos: mi alma necesita desahogar... Estos momentos son de algun tiempo á esta parte los mas felices de mi vida; mas... ¡luego se acabarán! Mañana, cuando el último crepúsculo haya desaparecido ya, tomaré con avidez este instrumento; alargaré mi mano, y nadie le recogerá... Me hallaré sola, y sin tener á mi lado persona alguna que por mi bien se interese. ¡Qué tristura infundirán estas horas en mi corazon! ¡Qué de recuerdos agradables me presentará mi fantasía! ¡Estas horas!.. ¿No es verdad que estas horas son las mas tristes del dia para las almas sensibles?

Así me decia, y sus ojos se fijaban en mí con entusiasmo, y quizá con placer; sus mejillas se cubrian de pudor, y alguna lágrima se desprendia de sus pupilas... Se sonreia; me miraba; ¡pero aquella mirada no era una mirada de amor!.. no!... La mirada de amor quema como la lava de un volcan; el ojo cuando la dirige está enjuto; la vista fija y penetrante, solo busca la pupila del ojo que adora; en hallándola, se pára como quien nada mas desea; la mira con lánguida tristeza, y en viendo que su mudo lenguaje es comprendido, se aparta satisfecha con una dulce sonrisa, y se fija en el suelo como si estuviera cansada; el corazon late con celeridad; el pecho, antes oprimido, respira con violencia, exhalando profundos suspiros, y á veces se llora sin poderlo remediar.

La suya no era así... no, era una mirada tierna, cariñosa, y llena, si se quiere, de fuego y expresion... sí; pero un mirar tan solo de gratitud y amistad. ¡Yo la queria con delirio!...

Cantemos, me decia, cantemos: deseo oir por última vez vuestra voz. Cantemos «El Triste.» ¿Qué cosa puede haber mas grata para quien padece, que expresar de algun modo su dolor? Mañana marchareis; ambos placeres os harán olvidar sus trovas, y si alguna vez volveis á poner aqui vuestras plantas, hallareis esta guitarra cubierta de polvo; sus cuerdas hechas pedazos, y á mí... ¡sabe Dios cómo me hallareis! ¡Ah! cantemos... ¿Para qué turbar estos últimos momentos con funestos presagios de dolor?

Y sus blancos y torneados dedos herian las cuerdas con increible ligereza, acompañando mi voz insegura que cantaba «El Triste.» Esta letra, que jamás olvidaré, habia sido escrita por mi despues de nuestra entrevista en el jardin, y era desde entonces su cancion favorita. El amor y los celos me la inspiráran en un momento de delirio, y expresaba por lo mismo el estado de mi alma. Mi declaracion de amor se encerraba en sus versos, y era su mision hacérselo conocer á la mujer encantadora por quien mi corazon palpitaba ¡Cuán lejos estuvo ella de comprenderlo así! Hé aqui lo que decia esta cancion infortunada.

EL TRISTE.

Escucha al que triste,
De hinojos postrado,
Divate inspirado
Su cruel torcedor.
Y acaso en oyendo
Sus tiernos cantares,
La pena repares
Del fiel amador.
¡Ay triste del triste
Que muere de amor!

Mis ojos te vieron
Y halláronte bella,
Cual fúlgida estrella
De cándido albor,
Y en pos de tus gracias
Mi huella lanzóse,
Y el alma sintióse
Repleta de ardor.
¡Ay triste del triste
Que muere de amor!

Tú fueras mi dicha,
Mi bien, mi consuelo;
Mas plúgole al cielo
Sin ver mi dolor,
Que infausta muralla,
Quizá inasequible,
Funesta y terrible
Te cerque en redor.
Ay triste del triste
Que muere de amor!

Quizá mientras lloro
La calma perdida
Y acerba mi vida
Cruel sinsabor,
Veráse otro amante,
Sentado á tu lado,
Feliz y embriagado
De ledo sopor.
¡Ay triste del triste
Que muere de amor!

¡Cuál fuera mi dicha
Si al fin me adorases
Y tierna llamases
Tu bien, tu señor,
Mi pálida frente
De besos colmando,
Mi pecho llenando
De grato dulzor!
¡Ay triste del triste
Que muere de amor!

Mas ¡ay! infelice!
Suspiro á tu puerta,
El alma cubierta
De fiero tristor,
Y en vano te digo
Mi acerbo quebranto:
No aplaca mi llanto
Del hado el rigor.
¡Ay triste del triste
Que muere de amor!

—Por qué os deteneis? me dijo, al ver que no siéndome posible contener los suspiros, habia dejado de cantar. Por qué os deteneis, cuando mil veces os he mirado incansable repetir sus estrofas?

—Se me oprime demasiado el corazon. ¡Habeis arrancado á ese instrumento unos sonidos tan lúgubres!.. ¡Habeis dado á vuestro acento una vibracion tan penetrante!...

—La culpa no es mia. Si vos estampásteis en sus trovas el sello de la tristura y de la desesperacion; si se hallan ademas en una completa armonía con el estado de mi alma ¿cómo es posible que yo las desfigure, dándolas una expresion alegre y risueña?

—Dejémosla, pues.

—Y por qué?

—Porque no puedo cantarla mas.

—Ya no quereis complacerme...!

—Cuando os aseguro que me desgarra el corazon!..

—Algun recuerdo quizá...?

—Sí; un recuerdo; pero recuerdo aciago y funesto que mas valiera olvidar: ¡un recuerdo!!..

—De una mujer á quien amásteis?

—Y á quien amo con toda la efusion de mi alma.

—Y ella?

—Ella...!

—Callais? No puedo yo saber vuestras cuitas?

—Deseais saberlo?

—Todo.

—Pues bien: ella no me ama.

—Se lo habeis inquirido?

—Jamás.

—En ese caso, infundado me parece vuestro juicio.

—Infundado!

—Seguramente. ¿Quereis por ventura, que faltando á los deberes impuestos por la sociedad, os llame para deciros «te amo»?

—No; pero es un sol harto brillante, para que tenga yo valor de subir hasta ella mis miradas.

—Quiere decir que padeceis por cobardía?

—Vale mas á veces la duda que un funesto desengaño, ¡Es tan cruel perder enteramente la esperanza!

—Puedo saber el nombre de la mujer que llegó á inspiraros un amor tan extraño?

—Esa mujer...

—Quién es?

—Esa mujer...

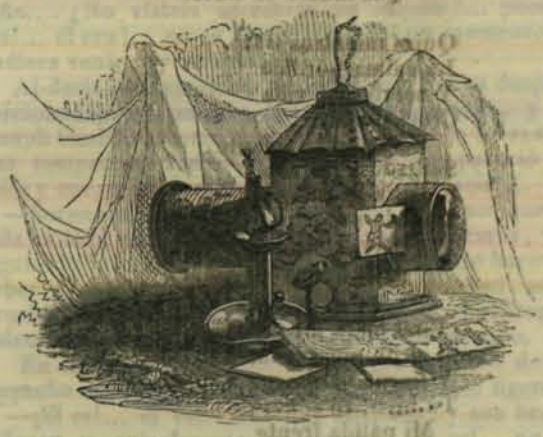
—Mi madre!!

—Mentira. ¿ Vuestra madre? ¡Me juzgais capaz!...

—Silencio; ¡el amor ofusca nuestros sentidos! ¿No estais oyendo sus pasos?

Efectivamente, en aquel momento llegaba. Si mi destino infausto la hubiera detenido un instante mas, ¡qué de penas no le hubiera evitado á mi alma!

(Se concluirá.)



LOS MISTERIOS DE CHAMBERI.

Al hombre de mas corazon y menos espantadizo; al escéptico capaz de tutearse con los acontecimientos mas estupendos; á los que esto lean y oigan, por mas impavidez que tengan, quisiera yo haber tenido conmigo la otra tarde cuando saliendo por la puerta de Bilbao topé con un lío de papeles en cuya cubierta exterior se leia lo que sirve de epígrafe á estas líneas. Sin perder el tiempo en conjeturas, le gané en romper las obleas, y pronto se ofrecieron á mi vista varios pliegos impresos con una elegante cubierta que decia:

LOS MISTERIOS DE CHAMBERI.

NOVELA ESCRITA *por* SI SOLA.

y traducida POR ELLA MISMA.

Edicion de lujo con innumerables viñetas por el *ventajosamente conocido* y el *muy acreditado*

CHAMBERI.

Imprenta DE SU AMO, calle de Herrera.

Sin que yo confiese la sorpresa que me causó aquel acontecimiento, conocerán los lectores cuánto me estrañaria saber que habia misterios en Chamberi, y ver impresiones de dicho pueblo; aunque entonces dudaba si seria el Chamberi de Italia, por mas que el nombre de la calle colocase la escena á un cuarto de legua de Madrid. Pero acordándome de aquel ladron que echaba dinero por el camino para que que no le diesen alcance sus perseguidores, no quise ser menos que estos, que en honor de la verdad no recogieron un solo maravedí, y temiendo que la novela se me fuese de las manos, si me detenia á meditar sobre tan extraña aventura, acepté el cartapacio como hecho consumado, y empecé á hojear *Los Misterios de Chamberi*. Halléme de primeras á segundas (no de buenas á primeras, que es castellano corrompido) con dos planitas en miniatura, con sus correspondientes láminas, que á nosotros apenas podrian servirnos de viñetas, y en ellas leí un prólogo lindo y cuco con todos sus menesteres, que seguido de una parte de la novela, me atrevo á copiar á continuacion; pues el tal librito tiene fe de erratas, cuatro advertencias, y dos dedicatorias; pero no prohibe la reimpresion.

Los MISTERIOS DE CHAMBERÍ forman diez tomos en $\frac{1}{64}$; pero no se horripilen los lectores que, como he dicho, solo copiaré la parte primera. El retrato del autor está tirado aparte con bastante lujo, y es una cabeza bastante rara.

PROLOGO.

Por mas que se atente contra la libertad del pensamiento, y por grande que sea el número de necios que sueñen con la esperanza de sujetar las opiniones á reglas uniformes y constantes, la idea de que todos los hombres pensemos de un mismo modo, es un disparate que calza bala de á doce; y aunque seria mas dificil de realizar entre las hijas de Eva, es imposible en ambos sexos. Yo, por ejemplo (y quien dice *yo*, puede muy bien decir *tú*, ó no decir mas que *yo*) creo que las aprensiones y los caprichos son unos personajes tan decentes como las creencias y las ilusiones. Esto no es una opinion como otra cualquiera, sino mucho mejor que cualquiera otra; yo así lo creo y hago muy bien; el que crea lo contrario no hará mal tampoco; el mundo es grande y todos podemos vivir como mejor nos cuadre.

Cuando hizo Dios al hombre, le dijo: «trabaja y no te hagas el sueco» y el hombre empezó á pensar si se reuniria ó no en sociedad, para lo cual tuvo varias sesiones muy acaloradas; y como entonces no habia que pedir la palabra para hablar, cada cual hablaba cuando queria, y todos solian hacerlo á un tiempo como ahora. Pero ya se vé, de ese laberinto, salieron los pueblos, y poco á poco fueron viviendo las gentes hasta que nació Guttemberg, y ya entonces, se empezaron á imprimir novelas; hasta que andando el tiempo hubo una que se llamó *Misterios de Paris*, y otra *Misterios de Lóndres*, y de *Madrid*, y todos los pueblos tendrán sus misterios muy pronto. Por eso *Chamberi*, que ha sido el último (hasta el dia) en tener iglesia (Dios mediante) quiere ser de los primeros en escribir sus misterios:

LOS MISTERIOS DE CHAMBERÍ.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO I.—*Idilio fantástico.*

Era... un hermoso papel en blanco, y apenas amagaban sombrearle los desiguales puntos de una pluma metálica, que acababan de beber en un mar de tinta,

cuando parándose el autor á pensar en lo que habia de hacer, le ocurrió pensar en lo que habia hecho y dijo:—Pues ya empieza este capítulo con la tercera persona del pretérito imperfecto, novela tenemos; y como esta no puede existir hoy sin misterios, misterios habrá, y no nos descuidemos en volver la hoja, porque si la obra ha de formar diez tomos lo menos, no hay que dormir y pasemos al

CAPITULO II.—*A tomar aires.*

Tienen fama los madrileños de curiosos, y «al cabo de Madrid,» dicen muy anchos los forasteros cuando ven reunirse gente en una calle, porque á un pillete le ocurrió la chuscada de sacar los anteojos, y ponerse á observar el número de una casa, ó cosa por el estilo, pero vive Dios que el dia de que ha-

blamos ó hablaremos, no era así y tenian razon de sobra para hacer corro en derredor de una mula de paso con arreos bastante pasados, y estribos de celemin. Habia entre los curiosos, quien conocia á la persona que debia montar aquel animalito, y no faltaba quien diese cuenta y razon del destino que iba á tener una cama que descansaba sobre el lomo de una burra atada á la reja de la casa.

CAPITULO III.—*Tarde piache!!!*

Si tras de ser cortos los capítulos necesitan explicacion los epígrafes, lucidos estamos; fortuna que el que no sepa lo que quiere decir, *tarde piache*, lo

pasará de largo, y oirá la siguiente conversacion que tenian entre el zapatero del portal, su mujer y una verdulera del patio.

CAPITULO IV.—*La conversacion.*

—Miste qué tié que ver aquello con las cuatro témporas del año! Como si los aires del Chamberil fuesen mejores que los del Barquiyo!

—Ya se ve, los médicos le echan de Madrid, porque...

—Porque, ya no pueden chuparle nada. Cuando los médicos mandan tomar aires, *tarde piache*.

—Lo que tiene el Sr. Corregidor es el aquel de no haber venio D. Calros á ser rey de España.

—Lástima é rejalgar en su alma, miste que Dios!

—Silencio, vecina, dijo el zapatero, que ya bajan á su señoría.

—Señoría... y lo mandan á los Chamberiles, porque no tiene dinero para hacer un viaje á Trillo!... buena está la señoría...

—No diria Vd. eso si fuese corregidor.

—Sabe Vd. lo que es?... que no lo diria; ahora le harán archipámpano del Chamberil, y dejará Vd. de echar punteras.

—Tenga Vd. caridad, vecina, sino por él por su pobre hija.

—Otra que tal; con mas fantesia que D. Rodrigo en la horça... Fortuna que toca la... cómo se llama ese pínfano que toca la *señorita*?

—Arpa.

—Pues eso puede hacer ahora, tocar la arpa en el *tio vivo* del Chamberil.

CAPITULO V.—*Un paseo á la luna.*

Sola y sentada sobre un banco de piedra, está la hija del Corregidor, suspirando á izquierda y derecha por su perdido Madrid, y oyendo desde su silencioso retiro el sordo murmullo de la agitacion en que hierve la corte. Las hojas de los árboles proyectan su sombra en el pavimento, cubriendo con un cenador fantástico de follaje chinesco el cuerpo de la pobre niña, que osa por fin levantarse, y dirige sus pasos hácia la puerta de Bilbao; que no ha visto en quince dias que lleva su padre tomando aires en Chamberí. La noche es una de las del mes de abril, y la hora demasiado

avanzada para que los vecinos de Chamberí salgan de sus casas, *públicamente* al menos, y la hija del corregidor, á quien llamaremos Inés, con permiso de su partida bautismal, habia dejado dormido á su padre, y se habia salido á filosofar por aquellos campos de Dios, bajo los rayos de la luna y entre los ladridos de los mastines.

CAPÍTULO VI.—*Una paliza.*

Pensando iba la jóven Inés en volver á su casa, satisfecha de haber cumplido varonilmente con los preceptos de Victor Hugo, y disgustada de no haber visto nada romántico, si se esceptua tal cual luz diseminada por el campo, hácia la fuente Castellana, cuando oyó no lejos de sí quejarse amargamente, y golpear con fuerza. Volvió la cabeza en direccion del sitio de la ocurrencia, cuya causa le era desconocida, y descubrió confusamente dos hombres de

mala facha, que apaleaban despiadadamente á un caballero, que Inés no pudo conocer y en quien no hubiese pensado nunca para semejante desgracia. Su primer idea fué enamorarse del perseguido y maldecir á los apaleadores; pero ponia todo cuidado en no confundirse con el vulgo de las mujeres, y trató de recordar un lance parecido, para no hacer en aquella ocasion lo que ya habia hecho otra mujer, con no muy buen éxito, segun refieren las crónicas.

CAPITULO VII.—*Chamberí.*

Hermosa tarde la del domingo de Pascua de Resurreccion del año 1844 (ya que mienta el novelista, que se sepa cuándo y cómo).

El sol está despejado, el cielo azul, y solo cruzan la atmósfera algunas rafas de fuego que á unos les hace sacar paraguas, y á otros reirse de los que tal hacen; dirigiéndose todos hácia la plaza de Chamberí, á pasar alegremente la tarde, á volver con la cabeza rota, ó á prepararse para dormir *bajo el Angel* (en la cárcel) aquella noche.

Los vecinos de Chamberí, ni son *cortesanos*, aunque alguno de ellos haya sido huésped y parroquiano de la *cárcel de Córte*, ni lugareños, por mas que vivan en un puñado de casas, que dentro de poco tiempo tendrá su iglesia, y ahora es punto de reunion y de broma para los jornaleros honrados y los *estajistas* sin aprension; muchachos finos y

aplicados que apenas se inventa un bolsillo, ya conocen todas las entradas y salidas que tiene. Los criados de servicio y las doncellas de labor, alternan tambien con esos mocitos, y allí entre el vino y el escabeche se sabe, qué amo tiene la aprension de retirarse de noche por callejuelas extraviadas: que otro pone una manta cuando cuenta el dinero de los retirados á quienes paga; y no falta criada que diga inocentemente, que sus amos no se hacen cargo de nada, y que la dejan sola todas las noches mientras van al teatro.

CAPITULO VIII.—*El tio vivo.*

Esas conversaciones pasan en el interior de las tabernas, y mientras tanto tres músicos que manejan á la vez siete instrumentos, distraen tocando una galop huida, ó un wals escapado, á los niños que dan vueltas en el juego de la sortija, hoy *tio vivo*, y entretienen á las desenvueltas muchachas que mecen sus cuerpos en el columpio. El *tio vivo*, es la primer parada de las parejas menos vergonzantes que acuden á Chamberí los domingos.

El *tio vivo*, propiamente tal, es un personaje muy célebre para que dejemos de consagrarle una línea en esta historia. Es hombre muy industrioso y se ha hecho muy popular, especialmente por las alocuciones, que ha dirigido al público en mas de una ocasion. Ocurrió una vez que tardaba en dar principio á una funcion de juegos de manos, y los espectadores se amotinaron; pero él se subió en una mesa y preguntó:

—Qué quiere el pueblo bárbaro?

—La cabeza del *tio vivo*, contestaron cien voces á la vez.

—Pues queda desechada la proposicion, amado pueblo, replicó el *tio vivo*, y se bajó de la mesa.

En la plaza de Navalon (Madrid) tiene un teatro de figuras de movimiento, donde representa el nacimiento del Hijo de Dios, y da bailes de máscara en

la temporada del carnaval. Tiene varios juegos de sortijas en varios puntos de la corte, y finalmente la gloria de que todos esos juegos llevan su nombre; sean propiedad de este ó de aquel, siempre son *tios vivos*,

CAPITULO IX.—*Minerva.*

Los Diarios de anuncios que se publican en la corte y los carteles que cubren las esquinas de la misma, anuncian desde el sábado por la mañana gran baile en el jardin de Minerva, sito en Chamberí; á real por persona, y á cuatro cuartos los niños; *se permite* entrar con capa, capote, palos, espuelas y fumar. La danza empieza á las dos de la tarde y termina al anochecer; de este modo no hay hora fija para dejar de bailar, y el crepúsculo se adelanta ó se atrasa segun la fuerza ó la cantidad del vino y el número de

jóvenes *truenos*, que segun ellos mismos dicen, son calaveras; pero generalmente se cree que son tontos, aunque horteras en su mayor parte.

El domingo de que hablamos andaban perdidas las oficialas de modista haciendo conjeturas sobre una jóven de 18 años que estaba en un rincon del jardin, sin querer bailar, y tapándose la boca con el abanico para que no la vieran reir. Era Inés que habia bajado con su padre, algo restablecido de su enfermedad, á ver qué cosa era el baile de Chamberí.

CAPITULO X.—*La cita.*

Si se acuerda el lector de aquellas ráfagas de fuego que se presentaron en uno de los capítulos anteriores, conocerá la causa de que se terminára el baile antes de la hora acostumbrada, sin que en ello interviniera el vino ni los *truenos*. El ex-corregidor fué el primero como persona convaleciente que sintió los efectos del aire que se habia desencadenado por el jardin, y cogiéndose del brazo de su hija abandonó á Minerva con ninfas y todo; sin parar mientes en un mocito romántico que por ir hablando con su hija recibió un farolazo en la cabeza.

Cuando el ex-corregidor y su hija llegaron á su casa se habian desatado en agua las nubes, y el galan oculto bajo el quicio de la puerta no sabia cómo salir ileso, ó sacar intacta por lo menos la levita de aquel aguacero, cuando recibió un paraguas por la ventana, con un papel adjunto que decia: «Vello »(con *V*) jóven: desea hablaros esta noche á las doce »junto á la noria grande del camino de Madrid, vues»tra incógnita que B. L. M. de V.»

No le acobardaba á nuestro galan el lugar de la cita ni la hora, sino el agua que caia á torrentes y el tiempo que habria que esperar hasta las doce; porque volver á Madrid era esponerse á perecer, y tal vez no le abriesen las puertas despues de las diez para venir al sitio de la cita. En vista de esas dificultades resolvió quedarse al pié de la ventana á merced del viento, que le incomodaba mas que la lluvia, esperando allí la salida de Inés.

CAPITULO XI.—*Viento contrario.*

La noche iba avanzando y el aire silbaba con siniestro rumor entre las hojas de los árboles. El camino de Madrid estaba oscuro como boca de lobo, y junto á las tapias de una noria de construccion alemana, se veia un bulto esférico, que se elevaba á cierta distancia del suelo, y caia poco satisfecho al parecer de su ascension. Otro bulto por el estilo se divisaba á lo lejos, y marchando en distintas direcciones ambos pugnaban por encontrarse, y daban voces y no se entendian, y siempre les faltaba poco para

reunirse; pero nunca lo conseguian. El viento les era contrario, y aunque el agua menudeaba con fuerza, trataron de recoger velas, pero... ya era tarde, una manga los habia arrojado á distintos lados del camino y ya no se veian.

El lector habrá conocido ya á Inés y su amante, que no pudieron celebrar su acordada entrevista por no haberles ocurrido cerrar los paraguas.

Moral: Respetemos los arcanos de la Providencia, que á brazo partido luchaba con Victor Hugo defendiendo el honor de Inés de las citas nocturnas al pié de la noria.

CAPITULO XII.—*Percances imprevistos.*

El amante de Inés, que habia ido por los aires, mas tiempo y peor de lo que hubiera querido, no encontraba el paraguas, y se veia sin saber cómo

ni cuando, entre unos hombres de rostro avinagrado que le desnudaban sin decirle oste ni moste. Inés por su parte no habia ganado gran cosa en el sitio ni en el modo de viajar, y andaba perdida sin encontrar el camino de su casa, cuando la salieron al encuentro dos hombres de mala catadura y sin decirla tus ni mus la dejaron en camisa.

No era esa aventura del género que buscaba Inés, y afligida por el mal resultado de su cita, siguió

dando vueltas, hasta que por fin dió con su casa, y quedó sorprendida al ver la calle llena de tropa. y su padre á la ventana diciendo: «Ladrones, ladrones, que me han robado á mi hija.»

CAPITULO XIII.—*Mons parturiens.*

Los soldados no estaban de guarnicion en el pueblo, sino que afortunadamente pasaban por allí conduciendo un carro de municiones, cuando los gritos del ex-corregidor, y cercaron la casa por un lado mientras por el otro se descolgaban los ladrones. El amo de la casa, se acordó de sus buenos tiempos, y tomó

una pistola que se le disparó rompiendo el único espejo que habia en la sala, y empezó á decir:

—Favor al rey! favor al rey!

—Qué rey, ni qué Roque! exclamó el sargento que mandaba la fuerza; pícaro faccioso!

—Al faccioso! al faccioso! gritaron los mismos que acababan de descolgarse por la ventana, y en esto salió un raton por la puerta, grande como un gazapo y rubio como la melena de Inés, que se decidió á huir

para siempre de la casa de su padre, y á los pocos pasos se encontró con su amante que gracias á la camisa, le faltaba para parecerse á Adan, lo que á ella para ser exactamente igual á Eva.

Fortuna que la Providencia seguia velando por aquella jóven, y nublando mas y mas la noche impidió que se conocieran los amantes.

CAPITULO XIV.—*La mina.*

El ex-corregidor creyó que efectivamente le habian robado á su hija, y empezó á pasear por el cuarto como un loco, hasta que llamando al zapatero de su casa antigua, que le servia de criado, le dijo:

—Toma un chuzo y una linterna y vamos de ronda.

—Señor, mire *su señoría*, que la noche está muy mala, que la tropa anda cerca y que nos van á tomar por gente mala.

—Anda y calla, en nombre del rey nuestro señor (y se quitó el sombrero); bueno seria que prendiesen al corregidor! Crees tú que porque los revolucionarios han convertido los *reales* en *nacionales*, hemos perdido las autoridades nuestras atribuciones?

Linterna no habia, pero el zapatero cogió un farol, y seguido de su amo salió al campo. La tropa habia continuado su camino, sin acordarse del faccioso, y este que oyó ruido á la derecha del camino

hizo acercar la luz y vió dos hombres que se bajaban por un pozo.

. . . . . .

Volvió á su casa, para poner auto de registro en nombre del rey nuestro señor, porque temia, con razon, que aquel subterráneo iba á dar al rastro de Madrid, cuando vió que le escalaban de nuevo su casa, y loco de placer, al observar lo fecundo que era en

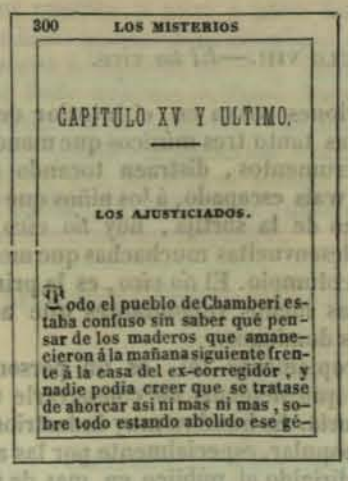
acontecimientos criminales el corregimiento de Chamberí, dijo:

—Prendedlos; y si se resistiesen, atadlos.

. . . . . .

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

Cumpliendo la palabra que dimos á nuestros lectores al empezar estas líneas, no copiamos las otras nueve partes de la novela, y lo hacemos únicamente del capítulo quince del tomo décimo y último de la



300 LOS MISTERIOS

CAPITULO XV Y ULTIMO.

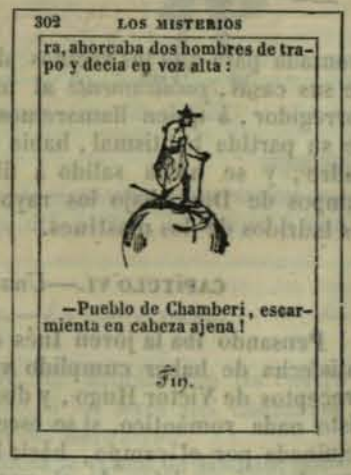
LOS AJUSTICIADOS.

Todo el pueblo de Chamberí estaba confuso sin saber qué pensar de los maderos que amanecieron á la mañana siguiente frente á la casa del ex-corregidor, y nadie podia creer que se tratase de ahorcar así ni mas ni mas, sobre todo estando abolido ese gé-

DE CHAMBERI. 301

nero de muerte en España. Pero la admiracion fue general cuando vieron salir á su ex-señoría al balcon de su casa, mientras el

zapatero, que al principio de esta historia defendió al padre de Inés de las insolencias de la verdule-



302 LOS MISTERIOS

ra, ahorcaba dos hombres de trapo y decia en voz alta:

—Pueblo de Chamberí, escarmienta en cabeza ajena!

Fin.

obra, en el mismo carácter de letra y tamaño que tiene en el original, que obra en nuestro poder.

ANTONIO FLORES.

Revista de la Quincena.

Los últimos quince dias del mes de julio, son otros tantos de tormento y de fatiga: los que por sus obligaciones, ó motivos aun mas poderosos, no pueden ir en busca de amenos sitios y templados climas, de aguas saludables y aires puros, yacen condenados á respirar el denso polvo, la impura atmósfera que en la corte se respira, á sufrir el implacable rigor de la estacion que ni los baños con todos sus inconvenientes pueden moderar, ni es tan fácil el remedio donde se carece del primer elemento, de abundancia de aguas; en una palabra, en estos dias no se vive; solo durante las noches recobra el cuerpo algun aliento, y codicioso de la escasa brisa que en ellas se levanta, recorre con ligeras ropas y sencillos atavíos los paseos donde ésta se respira. El salon del Prado con su apolillada sillería; la hermosa glorieta de la plaza de Oriente con su escasez de asientos; el sitio del Buen Retiro en los primeros albores de la mañana, que en cuanto oscurece se cierra, y el deleitoso paseo de las Delicias, que á todas horas está abierto, son los puntos á donde cada cual dirige sus pasos, no sin medir la distancia, el deseo y la comodidad: otras gentes, y no son las menos, acuden presurosas á los baños del *caudaloso* Manzanares; establecimientos descuidados en alto grado, donde escasamente alcanza la mano de la policía urbana, cuyas sucias aguas van desfilando por senderos y recogiendo al paso la maleza que á su curso tímido se opone, saludan muy por encima y al través de esteras viejas, á los pozos hediondos que no por eso dejan de ser baños.

Asi vá pasando el mes de julio, quien tiene precision de mantenerse en la corte de España, contemplando al propio tiempo los acontecimientos que tanto en el esterior, como en el interior, llaman poderosamente la general atencion. El imperio de Marruecos, continúa atrayéndose las miradas de la Europa entera; diferentes escuadras de las naciones que tienen agravios que reparar, se ponen de comun acuerdo: algunos vástagos de familias reales, toman parte en tan empeñada expedicion; por la Francia se encuentra S. A. R. el príncipe de Joinville: el príncipe Enrique de los Paises Bajos, por la Holanda; el príncipe real Federico por la Suecia, y por nuestra España el infante D. Enrique: todas las naciones á la vez mandan sus flotas á las aguas de Tanger y haciéndose á la vela cada escuadra, conforme al plan de operaciones, es de creer que en breve tiempo los berberiscos, los habitantes todos del reino infiel, encuentren el debido merecimiento. Este incidente no ha privado de hacer algunas escursiones á una gran parte de los soberanos de Europa. El emperador Nicolás ha estado en Lóndres, el rey de Sajonia se encuentra á la sazon en Escocia, el de Baviera admira en Roma los monumentos antiguos de la gran ciudad, el rey de Nápoles viaja por Malta y la Sicilia, el de Holanda permanece en el gran ducado de Luxemburgo, y los monarcas Belgas en Paris. Entre tanto se aproxima el alumbramiento de la reina de Inglaterra, y los soberanos del Piamonte y de las dos Sicilias perdonan á varios de los insurgentes de la Calabria, que en union con los emigrados italianos residentes en Malta habian dado el ¡grito santo! de libertad. Nuestra adorada Reina continúa sin novedad en la rica Barcelona acompañada de su augusta Madre y escelsa hermana; visitan los cuarteles donde se alojan los cuerpos de la guarnicion, y el leal soldado en medio de sus escaseces, no perdona gasto ni medio, por recibir á su Reina con todo el esplendor á que por su rango es acreedora: tambien recorre la familia real los salones de la industria catalana, y por todas partes se presentan á la pública admiracion, jardines artificiales, elegantes ramilletes, esquisitos y delicados refrescos, en una palabra cuantos obsequios se pueden imaginar. Con algun fundamento, dá lugar á versiones mas ó menos delicadas el repentino viaje con direccion á la corte, de los ministros de Hacienda y Gracia y Justicia: cuentan unos que el objeto era el de felicitar á S. M. la Reina madre el dia de su santo, y otros dicen que para eso no tenian necesidad de haberse vuelto de Barcelona hasta haberla felicitado; lo cierto es, que nada de cierto se sabe cuando escribimos estas líneas, siendo muy probable que al ver la luz pública el enigma esté descubierto. Se celebran en esta capital los dias de la Reina madre con iluminacion general en todas las dependencias del gobierno; se habla del restablecimiento de la Guardia Real, y las viudas y cesantes abren tanto ojo, al saber que tratan de abonarles una mensualidad.

En estos dias, cuando menos podia presumirse, apenas abandonaba la capital cuanto de escogido y notable encierra, ha tenido lugar una fiesta no muy comun entre nosotros y que por lo mismo hubiera llamado mas la curiosidad en ocasion mas oportuna, en tiempo mas á propósito. Nuestros lectores habrán adivinado que aludimos á las carreras de caballos que en la tarde del 20 tuvieron lugar en el terreno dispuesto al efecto frente á la Casa blanca, camino de Perales. Parecia imposible que á una hora tan poco á propósito como la de las cinco de la tarde, en que los fuertes rayos del sol ejercen toda su influencia sobre los yermos campos que circundan á Madrid, se lanzáran intrépidas sinnúmero de señoras á presenciar tal espectáculo: la concurrencia era inmensa, los carruajes infinitos, los caballos en número considerable, el cuadro en general estaba lleno de vida y animacion. A la hora señalada, se presentaron en la arena reclamando el premio por construccion y belleza, soberbios y hermosísimos caballos; entre un número bastante crecido en que no hubiéramos sabido cuál escoger, fué adjudicado el premio por la Sociedad de Fomento de la cria caballar al caballo *Beduino*, estremeño, de 5 años, castaño dorado, 7 cuartas y 3 dedos, propiedad del señor marques viudo de Santa Marta, cuya filantropía es digna de todo elogio, pues los cuatro mil reales en que el premio consistia los ha repartido por cuartas partes á las religiosas de esta corte, las de Cáceres, en donde existe la ganadería á que pertenece el caballo, y á otros dos conventos de Sevilla y Granada. El premio de seis mil reales concedido á caballos y yeguas españolas que mas corriesen lo ganó *Guzman*, perteneciente al señor Salamanca. En la primera carrera de guerra, salió triunfante *Acteon* caballo inglés del señor duque de Osuna, y en la carrera de saltos sobresalió *Circo*, inglés alazan, propio del señor Salamanca. Al oscurecer terminó esta funcion en la que tomaron parte muchísimos y muy lucidos caballos, y en confuso tropel y sucia polvareda tornaron á la capital los curiosos y aficionados, que por coger buen puesto tomaron soberbio baño de calor.

Pocos han sido, si bien mas que en la quincena anterior, las novedades teatrales que se han presentado. En el coliseo del Circo, despues del magnífico cuanto voluptuoso baile *La linda Beatriz*, cuyo mérito significa la concurrencia que se ha sabido lograr al través de los calores, se ha puesto en escena *La Favorita* ópera séria en cuatro actos, debida al genio sublime del fecundo Donnizetti. Tan preciosa partitura, puede asegurarse que estaba ignorada del público de Madrid: es verdad que en el año cómico anterior, se estrenó en este mismo teatro, pero fue tal su ejecucion, se puso en escena de tal modo y tanto se la desfiguró que la *Favorita* de entonces no la hubiera reconocido Donnizetti como hija de su esquisito talento al verla tan destrozada. La música que por si sola constituye la mejor parte de esta ópera, que tanto realce la presta, tenia que interpretarse entonces por una orquesta pobre por su número y por su habilidad; los cantantes en su mayor parte eran pobres tambien, los coros sumamente escasos, y los trajes tan miserables; estaba vestida con tanta impropiedad, que bajo ningun aspecto correspondia á la época en que el poeta ha colocado la accion. Muy diferente aunque no completa ha sido la suerte que la ha cabido esta vez, en que á decir verdad han sido tal cual fielmente interpretadas las sublimes inspiraciones del autor de la *Lucia* y de *Marino Faliero*. Compuesta de encargo esta obra maestra para determinados cantantes y escrito el libreto en francés, se ejecutó con éxito cumplido en la Academia Real de París; y fué tan grande la impresion que causó, tal el frenético entusiasmo con que fue recibida, que en muy poco tiempo se hicieron populares, en la capital de Francia, la mayor parte de sus melodiosos cantos. El autor de la *Favorita* ha dado á la música de esta otro giro, otro corte distinto por cierto, del que generalmente señala sus producciones: se conoce que al escribirla se propuso contentar al público, que primero que otro habia de oirla y de fallarla, y á este fin tomó lo mejor de los diversos sistemas conocidos; que asi en música, como en política, como en literatura, para nosotros es el mejor sistema; y si bien es verdad que descuella entre todas, la escuela francesa, se encuentran de tiempo en tiempo toques tan sumamente delicados de la italiana, que el mas apasionado por aquella, seguramente no desdeñará.

Siempre que en todas estas concepciones resulte la verdad, hija de la filosofía, tan sublimes son para nosotros los cantos alemanes, como los franceses, como los italianos. Allí donde se tocan los resortes que dan vida y fuerza á los sentimientos humanos, donde se juega, por decirlo asi, con el sentimiento y la alegría, donde por un lado se arrancan suspiros del alma, cuando por otro se despiertan en el corazon afectos encontrados, allí ve nos el genio, allí obra la naturaleza, allí tiene su hermoso asiento la inspiracion: si á todo esto se acompaña el arte, allí está la verdadera escuela, la mejor de todas, la que se debe seguir. Aparte de esto preciso es confesar, que si en los mas hermosos trozos de esta produccion, descuellan arrogantes los cortes de la música francesa, si sobresalen por la fuerza de una vigorosa instrumentacion, es lo que mejor sienta, lo que expresa perfectamente las escenas dramáticas que tanto abundan en el argumento, sacado de la historia de nuestro pais, y que tanto se presta á este género de composicion. La escena pasa en la ciudad de Santiago de España en tiempo del rey don Alfonso XI; un novicio enamorado de la favorita del rey, deja el claustro por ella, que á su vez tambien le ama: le consigue con su favor el nombramiento de capitan: hace la guerra contra los infieles, y la buena suerte que le ha conducido á la victoria, le proporciona tambien el que el monarca le dé en premio la mano de la Favorita: entonces sabe la baja condicion de ésta, y renegando de los placeres mundanos, se encierra en el convento, donde al dirigir sus votos al cielo recibe junto á su pecho los últimos alientos de su amada. Argumento sencillo, desarrollado con bastante naturalidad, y cuyo desenlace altamente dramático agrada sobre manera. Largo seria el enumerar las bellezas de esta ópera, y es mas breve decir que en ella todo es bello, todo sorprendente, aunque no todo nuevo; no se entienda por esto que creemos que haya copia, al contrario, en un genio tan fecundo como el de Donizetti, es muy fácil que se encuentre con inspiraciones, que siendo suyas, puedan tambien en parte ser de algun otro compositor. La sinfonía es brillante, los finales del segundo y tercer acto son magníficos; la instrumentacion es soberbia, y están tan llenos de filosofía que su efecto es tan seguro como sorprendente en alto grado. Pero donde las pasiones se presentan con mas verdad, donde el sentimiento es mas grande, es en todo el acto cuarto que es bien seguro no tiene ni una sola nota de desperdicio ¡qué música tan celestial! ella se abre paso al través de los recuerdos que pueden ocupar la mente del espectador, y se introduce en el corazon y arroba el alma, y transporta al que la escucha á un mundo para él desconocido, mundo en que todo es religion, ¡mundo sublime!

La ópera ha estado regularmente puesta en escena, y no podia menos de ser así, habiéndola dirigido el eminente artista Salvatori; con todo, los trajes, si bien muy diversos por su riqueza de los del año anterior, no correspondian de una manera completa al lujo que la época exigia ni al que comparativamente se emplea en vestir los bailes que se ejecutan en este teatro.

La ejecucion ha sido bastante igual. La señorita Gariboldi cantó su parte con la maestria que en todo la distingue, representándola ya graciosa, ya sensible, segun las diversas situaciones en que se encuentra. En el retrato que de ella damos á nuestros lectores, está copiada con el traje que saca en los tres primeros actos, y que tan bien sienta á su lindo cuerpo y estatura.

El señor Unanue, aunque en papel, no de su cuerda enteramente, estuvo felicísimo en la situacion mas dificil para él; en todo el acto cuarto cantó con mucha

finura y con una entonacion fina y en extremo delicada, dando al propio tiempo á su papel todo el sentimiento que exigia.

Al señor Spech que desempeñó la parte de bajo, le sienta muy bien el papel de monarca, y estuvo bastante feliz en toda la ópera. De los demas nada decimos, sino que pusieron cuanto estaba de su parte para el mejor lucimiento de la funcion. En esto no queremos imitar á cierto periódico, que todo lo alaba, perjudicando de este modo á las primeras partes, pues donde se elogia en extremo al apuntador y al partiquino, no sabemos qué valdrá lo que se diga del primer cantante.

La otra novedad que este coliseo ha dado al público es la representacion de la comedia en tres actos y en verso, *Dios nos libre de una vieja*; su autor don Wenceslao Ayguals de Izco. Sensible es en estremo el abandono en que se encuentra nuestro teatro nacional, y mas sensible todavía, que las personas que se lanzan con fé á sacarlo de su inercia, no obtengan resultados tan felices como seria nuestro deseo. La comedia que en este momento nos ocupa ha estado muy lejos de abrazar los requisitos indispensables que la den á conocer como tal. La vieja protagonista es una concepcion monstruosa, altamente ridícula, llena de contradicciones y falta de verdad: el autor ha querido mover la risa del público, y á nuestro entender ha tocado resortes muy poco delicados para conseguirlo. Que exista una vieja tonta que anhele trocar su arrugosa cutis por el de sus pasados abriles, ya lo comprendemos: que siendo señora de mucho dinero tenga adoradores que finjan hermosura, donde no hay mas que interés, lo comprendemos tambien, pero vieja de gran tono, que vaya á una ropería por la mañana, para que á la noche le tengan concluido un traje á su futuro: que vestida ya con elegancia ridícula nos le presente en la escena con una madeja de hilo, sirviendo de devanadera; que entre los dos estén desempeñando oficios de los criados; y finalmente que al saber ella que ya no quiere ser su esposo salga persiguiéndole con sable de caballería en una mano y la vaina en la otra, eso es inverosimil en alto grado, eso se contradice por sí mismo, es tonto, es de mal gusto, es sainete. El carácter del hermano es falso tambien, y repugnante en estremo; no se comprende un marido con aquella calma y tranquilidad al tomar en sus manos el billete que su esposa remite al coronel; por otra parte aquel confuso enredo, aquella complicacion de amores, aquellas escenas de moral tan fatigosas y mal dispuestas, forman un conjunto en estremo desagradable. En la ejecucion solo la protagonista, la señora Llorente, estuvo en su papel, y á sus grandes esfuerzos fueron debidos los aplausos que logró la comedia del señor Izco. El *público* pidió el *autor*, y el *público* mostró algun desagrado por esta peticion: ¿cuál de los dos era el público verdadero? A esto contestaremos, que aplaudir es mas fácil que silbar; de lo primero no hay por qué avergonzarse, porque un baston se maneja con disimulo; para lo segundo se necesita dar la cara, y alguna habilidad. El autor se presentó en la escena. Semejante estímulo, premio, ó como quiera llamarse, se va gastando como las coronas de laurel; para coronar á una persona en la escena no se necesitaba mas que un amigo que la arrojára; de hoy en adelante para que salga un autor á las tablas no se necesitará mas que un amigo que lo pida. Asi para evitar todo esto aconsejaríamos á las empresas de teatros, que cuando anuncien la ejecucion de una comedia nueva pongan debajo: *y se enseñará el autor*.

Los teatros principales, apenas dan señales de vida. ¿Y cómo suceder otra cosa en la estacion actual? ¿quién busca la frescura en el teatro? Sin embargo, tan escasa es la concurrencia, que bien puede asegurarse ser el punto mas desahogado de la capital. Precisos son muchos alicientes, mucha novedad, para trasladar la gente á los teatros, de los parajes donde se encuentra con mas comodidad, y siendo esto así, ¿se querrá que se afanen nuestros ingenios, para que sus producciones se vean desairadas, y mueran la primera noche de su ejecucion y caigan en descrédito, sin otro motivo que porque hace calor? Indudablemente, que no faltará quien escriba; mas es, nosotros creemos que nuestros poetas cómicos y dramáticos, escriben en la actualidad, pero no quieren, y hacen muy bien, entregar sus producciones á los teatros, sabiendo que ni el honor de una buena entrada pueden conseguir la primera noche. Así no es de estrañar el pacífico sosiego en que se encuentran los teatros principales, teniendo que echar mano de producciones de un mérito indisputable, pero gastadas ya; por esta razon hemos visto en escena la magnífica traduccion del *Oscar*, esa obra maestra, divinamente versificada por don Nicasio Gallego: el señor Latorre estuvo felicísimo en su ejecucion y era un encanto oir de su boca aquellas hermosas tiradas de versos, aquellos bellísimos trozos en que tan bien retratadas se encuentran las pasiones grandes.

Tambien hemos admirado otra vez la magnífica tragedia de la señorita Avellaneda, y por toda novedad en esta quincena, el drama en tres actos en prosa, *La Abadía de Permach*, que el señor Hartzenbusch ha traducido del frances. No se crea que le hemos admirado, porque ha sucedido todo lo contrario; este drama terrible, no tiene mas de bueno que ser cortito, nosotros seremos tambien cortos con él: baste decir que muere mucha gente, y que el drama murió la segunda noche que se ejecutó.

Esto es cuanto tengo noticia que ha ocurrido de particular en esta quincena, y entre tanto pueden mandar cuanto gusten á este su A. S. S. Q. B. S. M.

JUAN PEREZ CALVO.

CASA DE BAÑOS

DE LA CALLE DE CAPELLANES.

De pocos años á esta parte se han estendido prodigiosamente las casas de baños en Madrid; pero salva alguna pequeña mejora, todas dejan la preferencia á la antigua de *Guardias de Corps*. El establecimiento que motiva estas líneas es sin duda alguna el mejor de su clase en la capital de España, y de los primeros de Europa. La elegante sencillez de su construccion, y la riqueza del servicio que en él encuentran las infinitas personas que asisten diariamente, es cuanto se puede apetecer en ese género de establecimientos. La parte artística de esa casa de baños será analizada en el artículo 4.° de Bellas artes, que está publicando en el *Laberinto* nuestro digno colaborador el Sr. Madrazo. Hoy nos limitamos á dar á nuestros lectores una vista de la sala de descanso; si bien con el disgusto de que la parte mas preciosa de ella, que son los arabescos del techo, no puedan aparecer como debieran en el grabado. Las paredes están vestidas de seda carmesí, que hace resaltar con brillantez el dorado de la cornisa; los arabescos del artesonado y del traga-luz son azules, encarnados y blancos; los asientos de grana; el pavimento es de gran riqueza y le forman mármoles de Córdoba, con serpentina; las lámparas bronceadas, es el único cuerpo estraño que se advierte en esa lindísima sala, toda de gusto árabe, y hemos oido decir que eran provisionales; cosa que nos alegraria en estremo, como asimismo la desaparicion de dos cartelitos que contienen las condiciones interiores del establecimiento, y que prendidos en las sedas que visten las paredes, afean la sala.

Los baños son espaciosos; las pilas todas de mármol de una pieza y de gran tamaño, son

Sala de descanso.

de construccion enteramente árabe, como asimismo los grifos; el pavimento de estos cuartos es de azulejos blancos, y todos los muebles son cómodos aunque sencillos. Veinte y ocho pilas, entre las cuales hay una oscura de *mármol en brecha*, distribuidas en veinte y cuatro gabinetes, veinte de á una, y cuatro de dos; están diariamente al servicio del público, que es asistido con esmero y puntualidad.

Nosotros nos felicitamos de que el jóven arquitecto que ha dirigido esa casa de Baños, que abierta á la conclusion del verano próximo pasado llamó la atencion del público madrileño, nos proporcione esta ocasion de tributarle los sinceros elogios que nos merecen cuantas mejoras vemos en nuestro pais, ínterin persona competente juzga su obra con detencion.

ANUNCIOS.

EL JUDIO ERRANTE,

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR EUGENIO SUE,

y traducida al castellano

POR MARIANO URRABIETA.

De esta edicion ilustrada con viñetas en madera y el retrato del autor en acero, se han repartido las dos entregas primeras, y tanto el acierto con que está hecha la traduccion, como la excelencia de los grabados y la

elegancia tipográfica, hacen que esta publicacion sea la primera entre las infinitas que se están haciendo de esta novela del autor de los *Misterios de París*, que se publica actualmente en la capital del vecino reino.

Se suscribe en Madrid, en las librerías de Miyar, Monier, viuda de Cruz, Sanz, Castillo, Brun, García, Villa y Lalama.

LOS MISTERIOS DE PARIS,

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR M. EUGENIO SUE,

y traducida al castellano

POR DON ANTONIO FLORES.

Se ha repartido á los señores suscritores el tomo diez, último de esta interesante novela, y con él los 32 retratos ofrecidos de los personajes mas notables que se citan en la obra y el del autor, todos primorosamente grabados en madera por los señores Ortega, Castelló y Batanero, estampados con lujo y con el folio correspondiente para la encuadernacion.

Se está repartiendo á los señores suscritores que han sido á los *Misterios de París* el tomo primero de LOS PEQUEÑOS MISTERIOS DE PARIS, los cuales ha creido su autor sin duda alguna que podrán servir como de suplemento á los primeros: están llenos de situaciones sorprendentes, agradables y divertidas, de tal suerte pormenorizadas que no dejan nada al deseo. En ellos se reseña á Paris por lo que tiene de bello y feo, de cuyos dos estremos ha escogido el autor todo lo que habia mas notable, entretenido y digno de excitar la curiosidad é interés.

Los pequeños misterios de París se compondrán de dos tomos en 16.° adornados con cinco bonitas láminas cada uno, al precio de 6 rs. vn., que se venderán en la librería de D. Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8, donde está abierta la suscricion.

DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS
DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.
Calle de Carretas, núm. 8.